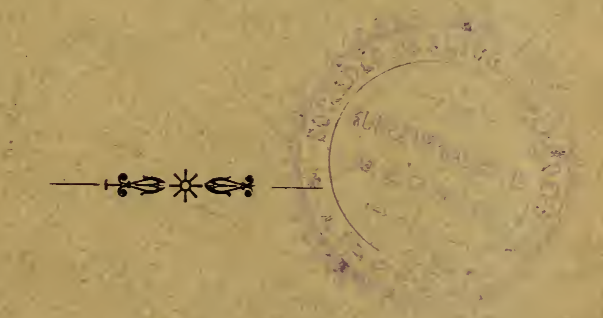
Enrique Ayuso y Ernesto Polo

HAMPA DORADA

MELODRAMA

en un prólogo y cuatro actos

BASADO EN EL PENSAMIENTO DE UNA NOVELA FRANCESA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12
1904

A Pilar Martín Góm

Recuerdo afectuos

Los autore

HAMPA DORADA

86

HAMPA DORADA

MELODRAMA

en un prólogo y cuatro actos

BASADO EN EL PENSAMIENTO DE UNA NOVELA FRANCESA

ESCRITO EN PROSA POR

Enrique Ayuso y Ernesto Polo

Representado por primera vez en el TEATRO DE NOVEDADES de Madrid, la noche del 12 de Diciembre de 1903

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1904

Para

Don Francisco González Colmenar

en testimonio de respeto y cariño.

Recuerdo de sus amigos,

Ayuso y Polo.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ANA SOUVESTRE	Srta.	Martín Gómez (1).
CLAUDIO MERAUT, *Marqués de Villefort*	Sr.	Hompanera
JACOBO		Robles.
RAFAEL		Campos (G.)
ANDRÉS SOUVESTRE		Campos (J.)
GOLIAT		García Marín
JAIME		Catalán.
LEDRÁN		Barinaga.
LUIS ROLLAND		Coduras.
ARMANDO		Catalán.
DELARBRE		Fernández.
AYUDA DE CÁMARA		Coduras.
MIAJITAS	Srta.	Envid.
DONCELLA		Gutiérrez.
SUBASTADOR	Sr.	La Rosa.
MODISTO		Coduras.
COCINERO		Martín.
COCHERO		Sánchez.
JARDINERO		Santaella.
VILLEMESANT		Barinaga.
LEPINARD		Coduras.
BARÓN DE CHANTELLE		Moreno.
PABLO RENARD		Herrera.
PROCURADOR de la República		García Marín.
CAPITÁN DE GENDARMES		Sánchez.
UN DEMANDADERO	Srta.	Gutiérrez.
UN CRIADO	Sr.	Santaella.

Dos agentes de la Prefectura, dos mozos de comedor, dos mozos de cuadra, seis colonos, postores, obreros de la fundición, gendarmes, músicos, invitados de ambos sexos

La acción del prólogo y acto tercero en un castillo de Bretaña; la de los actos primero, segundo y cuarto en París.—Actualidad

Derecha é izquierda, las del actor

(1) Por enfermedad de la primera actriz D.ª María Santoncha, tuvo que encargarse del papel de *Ana* la Srta. Martín Gómez, cumpliendo brillantemente su cometido con gran satisfacción de los autores.

TÍTULOS DE LOS ACTOS

PRÓLOGO.—*Pacto diabólico.*

ACTO 1.º—*La huelga sangrienta de Passy.*

ACTO 2.º—*El secuestro de la calle de Rívoli.*

ACTO 3.º—*Un casamiento á viva fuerza.*

ACTO 4.º—*El beso de la marquesa.*

Para el acto primero de esta obra, se estrenó una decoración de mucho efecto, debida al pincel de los reputados escenógrafos Sres. Tejada de Videgain.



PRÓLOGO

Pacto diabólico

Salón de un castillo, demostrando abandono y ruina. El rico artesonado deslucido y roído de la carcoma. Muebles antiguos maltrechos, tapices desfilachados, retratos de guerreros y caballeros en traje de corte. Grandes puertas en las laterales. En el foro gran ventanal, cerrado con cristalerías heráldicas en las que faltan bastantes cristales; al abrirse se verán torreones ruinosos y llenos de hiedra; se supone que esta ventana cae sobre el patio de honor, en el que se está celebrando una subasta judicial de muebles y objetos, viéndose primero muchas gentes reunidas alrededor de la mesa de subasta, y al abrirse la ventana, y cuando lo indique el diálogo, las maniobras del subastador y de los que ofrecen y pujan. Es á la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA

AYUDA DE CÁMARA, COCHERO, JARDINERO, COCINERO, DOS MOZOS DE COMEDOR, DOS MOZOS DE CUADRA, SEIS COLONOS, reunidos al foro presenciando la subasta desde el ventanal. Dentro, SUBASTADOR. Se oyen los murmullos de los POSTORES

SUB. (Dentro.) ¿No hay quién dé más, señores? ¡Gran ocasión! Cama de roble con magníficas columnas y gran dosel, dos mil francos. Ofrecen dos mil ciento. ¡Dos mil ciento, á la una! ¡Dos mil ciento cincuenta! ¡Dos mil

ciento cincuenta, á la una! ¡Dos mil ciento cincuenta, á las dos! Y... ¡dos mil ciento cincuenta, á las tres!... ¡Rematado! (Suena el timbre.)

A. DE C. (Cerrando la ventana.) ¡Y de ese modo llevamos todo el santo día! Poco queda ya que subastar.

JAR. ¿Pero nos has reunido aquí para esto ó para algo más práctico?

A. DE C. Es verdad. Escuchadme. (Todos hacen corro á su alrededor muy interesados en lo que van á oir.) Hace un año, cuando los innumerables acreedores del Marqués, nuestro amo... (Murmullos de protesta.) Sí, nuestro amo, lo repito.

COC. Nuestro deudor, querrás decir.

A. DE C. ¡Es igual! Criados que no cobran y acreedores es la misma cosa. Hace un año, repito, y no me interrumpais, porque así no acabaremos nunca, aprovechando un viaje que hice con el Marqués, ¿sabéis á qué? á calmar rabiosos con pacto de retro, os dije: para ahogar vuestros conatos de rebelión, «¡Estaos tranquilos, camaradas! Estamos en vísperas de casarnos con una porrillada de millones. Vamos á restaurar con oro acuñado nuestros apolillados cuarteles; tendremos flamante marquesa, alegría, fiestas.» Pero la boda ha fracasado, y con ella nuestras esperanzas de cobro. Este castillo, últimos restos de un naufragio, tiene ya dueño, su nombre no hace al caso; los bienes muebles, hasta el último cacharro de cocina, se están subastando por justicia ante ese batallón de papamoscas en el patio de honor. ¿Qué es lo que queda para nosotros?

JAR. (Con guasa.) Como no embarguemos al amo...

A. DE C. Ese cabalmente es mi proyecto. Poned atención, que ahora viene lo interesante. El Marqués está aquí desde anoche; yo no he querido separarme de él, y debéis agradecerme este viaje Comprenderéis que un noble que en media docena de años ha deshecho una soberbia fortuna, no iba á tener el estúpido capricho de venir á presenciar ese

distraído espectáculo: graznidos de buitres que acuden á la carne muerta. ¿Sabéis cuál es su proyecto? Morir en donde ha nacido, como buen capitán perecer con el barco que no ha sabido gobernar; en una palabra, levantarse la tapa de los sesos y *laus Deo.*

TODOS ¡Qué horror!

A. DE C. Muerto el Marqués, finiquitadas nuestras cuentas; y eso es lo que tenemos que evitar. Cobremos, y después que haga de su capa un sayo; si la vida le es odiosa, en su derecho está para quitársela; no hemos de ser nosotros quienes se lo impidan.

COC. Puedo jurar que yo...

A. DE C. No sacas del ajo más que tu fondita, ¿no es eso?

COC. (Amoscado.) Pues tú no estarás descalzo, compadre. Ayuda de cámara de un manirroto...

JAR. ¡Vaya! No andéis conque si más eres tú. Cada uno ha hecho lo que ha podido y allá él. De modo que tu proyecto es...

A. DE C. Presentarnos al amo; por la buena primero, suplicarle el abono de nuestros atrasos.

JAR. Pero si no tiene una mota, ¿para qué?...

COC. Claro, ¿qué va á dar?...

A. DE C. Lo que le sobre después del pago de acreedores y costas.

COC. ¿Y eso es algo?

A. DE C. Y aun algos, compadre; para él... miseria; para nosotros más de lo que nos debe.

JAR. Pero si se levanta la tapadera...

A. DE C. Ya lo sabéis: en paz con todos. ¡Silencio! ¡El Marqués!

ESCENA II

DICHOS y el MARQUÉS DE VILLEFORT, por la derecha

A. DE C. ¡Señor!

MARQ. ¡Ah! ¿Sois vosotros? No tengo orden alguna que daros; os recomendaré, si ese es vuestro deseo, á mis herederos, es decir, á esos que gritan en el patio.

A. DE C. Es el caso, señor, que nosotros...

MARQ. ¿Venís á despediros? Mejor; yo no sabría cómo hacerlo; me habéis servido con fidelidad... (*Se quita un anillo.*) Tomad, repartíos lo que valga esa miseria; os lo regalo. (*Se agolpan todos á ver la sortija.*)

A. DE C. Gracias, señor; pero...

MARQ. ¡Ah! ¿Es otro vuestro deseo? Hablad.

A. DE C. Se nos debe la soldada de año y medio...

MARQ. ¿Y me lo decís cuando nada tengo? ¡Nobles corazones! (*Con ironía.*) Sin cobrar todo ese tiempo y me han servido con agrado...

A. DE C. Nada nos ha faltado, nos complacemos en reconocerlo: buena mesa, buen trato, gajes en abundancia; pero nuestro sudor, eso es lo que no hemos cobrado.

MARQ. ¿Y sube á mucho vuestro sudor?

A. DE C. Esta es nuestra nota. (*Le presenta un papel.*)

MARQ. Dí el total.

A. DE C. Cinco mil francos.

MARQ. No es mucho, pero... no los tengo.

JAR. Nos hacemos cargo, pero...

MARQ. Habla; si veis alguno un medio...

A. DE C. Uno hay: que el señor Marqués nos dé su palabra de honor de vivir hasta pasado mañana.

MARQ ¿Y con sólo eso?... Explícate...

A. DE C. De esa infamia que se está realizando en el patio de honor...

MARQ. ¿Infamia? Subasta judicial, á cada cosa su nombre.

A. DE C. Pues de esa subasta, pagados acreedores y costas, le sobrarán todavía al señor Marqués...

MARQ. ¿Cuánto?

A. DE C. Lo suficiente para pagar nuestro sudor.

MARQ. Es justo, vuestros son esos francos.

A. DE C. Pero si el señor atenta contra su vida...

MARQ. Os estafo, ¿no es esa la palabra? ¡Claro! Gastarían esa suma en mi entierro, y los funerales de un noble, aunque esté arruinado, suben mucho, es verdad.

A. DE C El señor se pone en razón.

MARQ. Claro, unos palmos de tierra no han de fal-

tar á mi cuerpo. Un consuelo me queda, y es el de que no os dejo en mitad del arroyo. (Al Cocinero.) En tu fonda se da buen trato y buena mesa, pero un consejo: no tengas cocinero, ya me entiendes; no todos los gorros blancos son tan honrados como tú. A tí también (Al Jardinero.) felicito gustoso; las flores de tus estufas alcanzan buen precio en París; no he logrado nunca tener en las mías tan bellas flores; ahora las podrás cuidar mejor; te regalo las últimas semillas de tulipanes negros que nos han enviado. ¡Digo, si esas no las han sacado también á subasta! En cuanto á tí, (Al Cochero.) aprende en cabeza ajena: es más sano y beneficioso guiar coches ajenos que pasear en los propios. ¡Habéis hecho bien, qué diantre! Los millones de un manirroto son un río Pactolo, y justo es que en él se bañen los que le sufren impertinencias y aguantan sus órdenes. (Murmullos de descontento.) ¿Os ofenden mis bromas? Vidriosos os habéis vuelto. ¡Largo de aquí, chusma! Podía querer regenerarme por el trabajo, huir lejos con esos miserables cuartos, y los reclamais como vuestros. Hacéis bien, á cada uno lo suyo. Viviré un día más, tenéis mi palabra, ¡digo! si no queréis un compromiso escrito; notarios y gente que dé fé no faltan en el castillo... (Pasándose la mano por la frente.) ¡Salid! ¡Salid de aquí! ¡Dejadme solo con mi vergüenza y mi ruina!...

A. de C. (A los demás.) Ya lo oís: nos insulta.

Coc. Hablar fuerte y no pagar es buena argucia.

Jar. ¡Orgullo vano! El más pobre de nosotros puede hombrearse con él y todavía...

Marq. (Con fiereza.) ¡Largo de aquí he dicho!

Coc. Nos iremos, pero es por nuestra soberana voluntad. Puede darnos órdenes quien nos paga.

Todos Volveremos. (Hacen mutis hablando con mucha animación y volviéndose á mirar al Marqués con insolencia.)

ESCENA III

MARQUÉS DE VILLEFORT, solo. Dentro SUBASTADOR y POSTORES

MARQ (Mirando al cielo en actitud de suprema rebeldía.) ¡Todo! ¡Todo se ha perdido! Un instante creí ver en el cielo la claridad de la esperanza, y al arrobarme frente á los astros el firmamento vistióse de luto, negándome el consuelo de su alegría. ¿Será cierto, Dios mío, que tratas de guíar mis pasos por una senda muy árida, flanqueada de espinas, como una prisión fatal?... ¡No! ¡No es posible creer en la virtud del mal! ¡Yo debo salvarme, puesto que en la inocencia nací y viví honrado! ¡Ah, hasta qué punto llegó mi locura! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

SUB. (Dentro.) Ahora, señores, vamos á subastar un riquísimo decorado de gabinete, dos butacas y seis sillas, todo nuevo y en admirable estado. Tasación, sesenta francos. La madera cubre con su valor esta cantidad. Han ofrecido sesenta y cinco.

UN POS. ¡Setenta!

SUB. Ya dan setenta, señores, setenta francos por el decorado de un gabinete. ¿Hay quien dé más?

OTRO POS. ¡Setenta y cinco!

SUB. Setenta y cinco francos. ¡A la una! Vean la clase de los muebles. Ya dan setenta y cinco. ¡A las dos! ¿No hay quien ofrezca más? ¡A las tres! ¡Rematado! (Suena el timbre. Murmullos y risas.)

MARQ. (Que ha escuchado las frases del Subastador y Postores, trémulo, como asistiendo á un martirio.) ¡Maldición! ¡Maldición sobre mí que no supe respetar la grandeza de mis mayores, lanzándome en pos de triunfos imposibles, fuera de mi ambiente! ¿Qué consuelo me resta, en un mundo material y tirano que me niega por pobre, como al asesino?

SUB. ¡Dan mil francos por una hermosa papelera de talla, con blasones!

UN POS. ¡Mil doscientos! (Murmullo.)

MARQ. ¡Blasones! ¡La preciada gloria que á otros dignifica, á mí me deshonra! ¿Supe por ventura aumentar la historia de mis padres con otras páginas de más alta prez? ¿No arrastré hasta el fango de la canalla el símbolo de nuestra grandeza, los timbres de nuestra gloria, con la complacencia del suicida? ¿No llegué hasta el fondo del abismo con abandono criminal? ¿Quién me llevó al reino del lodo? ¿Dios? ¿Mi destino? ¿Mis resabios? ¿El mundo?

SUB. Otro lote; juguetes, espadas, caballos de cartón, miniaturas. ¡Una preciosidad! Tasación, veinte francos.

UN POS. ¡Veinticinco!

MARQ. ¿Y hay quien se atreva á poner en otras manos las glorias de mi niñez? ¡Crueles! ¡Hasta los que me deben su vida me escarnecen! ¡Ah, plebe, tú eres feliz! ¡Tú no tienes corazón!

SUB. Han dado treinta francos por el lote de juguetes. ¡La subasta ha terminado! Muchas gracias, señores. (Rumores, que van debilitándose, de los Postores que se alejan. Un toque de timbre intenso anuncia la terminación de la subasta.)

MARQ. (Cayendo en una silla y lanzando un amarguísimo sollozo.) ¡Pobre! (Pausa.) ¡Mendigo! (Otra pausa.) ¿Eso es cierto? ¿No desvarío? ¿No estoy bajo el mágico dominio de un sueño de locura? ¿Es que esto que me rodea no es el ambiente de mi grandeza? ¿Dónde está mi nido, dónde el aire que meció mi cuna?... ¡Madre! ¡Madre mía! (Se levanta exaltado.) ¿Quién me ahoga? ¿Quién me escupe? ¿Dónde está el ángel que me protege? (Relámpagos vivísimos, seguidos de truenos lejanos.) ¡Ah! (Risa nerviosa.) ¡Já, já, já! ¡Dios me niega su justicia y su reino celebra mi muerte con la austera grandeza que mi poder merece! .. ¡Gracias! ¡Gracias por esa canción funeral, reyes del aire, hijos de Dios, elementos del mundo!

(Tempestad en todo su apogeo. Marqués mira con espanto un retrato colgado al foro que los relámpagos iluminan.) ¡¡Padre!! ¡Padre de mi alma! ¡Perdón! ¡Me niegan mi gloria, mi cuna y mi ambiente! ¿Qué mano me socorre? ¿Qué luz me guía? ¿Qué espíritu me grita ¡sigue! mostrándome una senda? ¡Mi fortuna! ¡Mi grandeza! ¡Mi oro! (Jacobo aparece por la izquierda. Tipo elegante. Queda en el umbral observando al Marqués. Este no le ve y sigue hablando como dirigiéndose á una visión. Jacobo sonríe siniestramente) ¡No! ¡No quiero morir! ¡No quiero irme! ¡Aparta, luz de ultratumba, aparta! ¡Vida! ¡Vida y gloria! ¡Por la vida, por el oro, por mi fortuna, mi ansiada fortuna, daría mi alma! ¡Satanás, si eres grande, escúchame! ¡Mi alma y hasta mi honra! ¡La honra de mis glorias! ¿Lo oyes? ¡La honra de mis padres y la pureza de mi frente! (Relámpago y trueno espantosos.)

JAC. (Adelantándose.) ¡Venga esa mano! ¡Acepto el trato!

ESCENA IV

MARQUÉS DE VILLEFORT y JACOBO. La tempestad va alejándose

MARQ. (Volviéndose aterrado.) ¡Eh! ¿Tú? (Pausa.) ¿Qué quiere usted de mí?

JAC. Repito que acepto el trato. Puede usted mirarme ya sin terror, porque declaro honradamente que no soy el diablo. Pero ante todo debemos conocernos y me permitirá usted que me presente yo mismo. Me llamo Jacobo, así á secas, y soy agente de negocios.

MARQ. ¿De negocios? (Con extrañeza.)

JAC. Me explicaré. Para la sociedad en general, la agencia que yo dirijo tiene por objeto informar sobre personas ausentes, deudores desaparecidos, proposiciones matrimoniales ventajosas y toda clase de detalles privados. Antigua casa, fundada en París en mil ocho-

cientos veinte, conocida en toda Francia, y sobre todas ellas la más acreditada.

MARQ. ¿Y á qué debo el honor de tenerle en mi casa?

JAC. Ante todo, permita usted, Marqués, que le diga que en estos momentos es usted quien está en la mía.

MARQ. ¿Qué quiere usted decir, señor agente?

JAC. Que he comprado el castillo esta mañana, pagándole al contado. Examinando mi propiedad, al penetrar aquí, he oído el grito de desesperación que lanzó usted hace poco, y...

MARQ. Puesto que está usted en su casa, nada tengo que hacer en ella, y me retiro. (Intenta marcharse.)

JAC. He dicho y repito, Marqués, que acepto su proposición. No le pido su alma porque me basta y estoy á gusto con la mía, pero en cuanto á su honra... ¡Ese es el punto á debatir! Sí, sí, acepto y crea usted que no obro á la ligera; no es usted un extraño para mí.

MARQ. Nada más sencillo. ¡Me conoce tanta gente!

JAC. Como yo, nadie. ¿Pruebas? Allá van. Está usted completamente arruinado...

MARQ. (Con dolor.) ¡Eso lo sabe todo el mundo!

JAC. Pero ignoran que le roe la ambición, que sufre usted torturas horribles por la falta de oro. Ha intentado usted casarse y no le ha sido posible. Podría proporcionarle ventajosos casamientos, pero quiero para usted más que eso. Mi negocio es más vasto.

MARQ. (Con ironía.) ¿Dónde ha adquirido usted noticias tan exactas?

JAC. Proceden de mi propia agencia. Le veo á usted todavía perplejo, sin duda bajo la deplorable impresión que le ha producido mi inesperada presencia. No soy el diablo, pero pronto se convencerá usted de que tampoco soy un pobre diablo.

MARQ. ¿Qué es lo que usted me ofrece?

JAC. Más, mucho más que lo que haya usted podido soñar en sus sueños de grandeza.

MARQ. ¿Qué tendría que hacer si aceptara?

JAC. Una sola cosa: casarse. Ya ve usted que no es ningún Himalaya.

MARQ. (Riéndose.) ¡La eterna vulgaridad! Casarme con una vieja repulsiva ó con una joven llena de tachas.

JAC. Nada de eso. Será usted el más feliz de los hombres porque se casará con una joven encantadora: un ángel, un dechado de virtudes y además pobre.

MARQ. ¿Pobre? ¡Buena boda para mi situación!

JAC. Pobre, sí, señor, hija de un honrado obrero. Vive de su trabajo y cuenta diez y ocho años.

MARQ. Me asombra usted. Y no deja de agradarme su proposición. ¡Joven, linda, virtuosa, pobre! ¡Y con todo eso una fortuna que ni soñada! Pero por curiosidad solamente, ¿tiene usted la bondad de decirme, á cambio de todo eso, qué condiciones me impone? Porque sería ocioso negar que tiene usted un fin oculto, y temo que han de repugnarme las condiciones que me exija.

JAC. (Con calma.) Se engaña como hasta aquí. Estoy seguro de que las aceptará usted de plano. Son justísimas. La mitad de esa fortuna.

MARQ. ¿Que asciende á cuánto?

JAC. A cien millones de francos. Es decir, cincuenta para cada uno.

MARQ. (Con asombro.) ¿Ha perdido usted el juicio?

JAC. Míreme con atención, á ver si tengo traza de estar loco.

MARQ. ¡Cincuenta millones! ¡Cuando ignoro si tendré pan mañana! ¡Ah, no lo quiero, no lo puedo creer! ¿A dónde llegaría mi ambición con esa palanca? ¿A qué podría aspirar con esa fascinadora fortuna? ¡Es un sueño, un desvarío!

JAC. ¿Acepta usted ó no?

MARQ. ¿Pero las condiciones son honradas? ¿Puede un caballero, sin menoscabo de su honor...? Y después de aceptadas, ¿podré llevar la frente alta? ¿No me señalarán con el dedo la marca infamante?

JAC. ¡Tá, tá, tá! Permítame que le manifieste sin

rodeos lo que pienso acerca de la sociedad en que vivimos. Este siglo nuestro es el XX, ¿no es eso? Rey del mundo, como en los anteriores, mejor dicho, más todavía que en los anteriores, el dinero. Los seres humanos separados en dos castas, la de los poderosos y la de los desheredados, ¿no es así? Puente entre una y otra, la inmensa falange de los frenéticos de poseer, la inmensa sociedad del *chantage* y de la trampa. ¿Negocios? La estafa en grande, el robo bien estudiado, el despojo y la rapiña practicados con verdadero arte de ladrón fino y perfumado

MARQ. ¡Con negros colores ve usted el mundo!

JAC. Dolorosa experiencia.

MARQ. No he visto hasta ahora esas fases que usted me presenta.

JAC. Querido mío, porque la ceguera es general. Un poeta nuestro la ha descrito de modo maravilloso. El avaro—dice—es un ciego que ve el oro y no la riqueza. El pródigo—y aquí está usted—es un ciego que ve el principio, pero no ve el fin.

MARQ. Desgraciadamente, yo...

JAC. Sigue usted sin verlo porque yo, árbitro de su destino, recomienzo por mi cuenta su vida. Continúo con el poeta. La presumida—dice—es una ciega que no ve las arrugas del rostro; el sabio es un ciego que no ve su ignorancia; el hombre de bien es un ciego que no ve al pícaro; éste es un ciego que no ve á Dios y Dios fué el primero de todos estos ciegos, que al crear el mundo no vió que el diablo se metía en su obra.

MARQ. Pero vivir la vida conociéndola por ese lado, no merece la pena.

JAC. Quizá esté usted en lo cierto. La filosofía, la atroz filosofía del vivir, es esta: la oveja esquila al campo, el pastor esquila á la oveja. ¡Nada más justo! El hombre, para ser consecuente, debiera tragarse al pastor, pero no es humano y se contenta con comerse la oveja. ¡La miseria! Esa es la verdadera lepra. Ese el único crimen. Salir de ella, huir-

la, alejarla de nosotros es el grito universal, el ¡sálvese el que pueda! de este naufragio á que asistimos. Conque, ¿acepta ó no mi trato? Y aceptado, no se le olvide por nada del mundo esta regla, pero regla sin excepción: para los chicos, para los humildes, para los más, no decir nada; como para los poderosos, los menos, no hacer nada. El pobre tiene un amigo, el silencio. No le está permitido más que un monosílabo: *sí*. Consentir y callar es todo su derecho. Elija por lo tanto. ¿Rico ó miserable? ¿León ó cordero? ¿Pastor ú oveja?

MARQ. ¡Venció usted mis últimos escrúpulos! Soy de los suyos. Mande...

JAC. Ratifíquese, marqués. ¿Acepta usted?

MARQ. (Con decisión.) ¡Acepto!

JAC. Le he escogido con preferencia á otro porque, ya se lo he dicho, le conozco á fondo, le he seguido paso á paso y nos convenimos mutuamente.

MARQ. Muy seguro está usted de mí.

JAC. Es usted libre, independiente, sin escrúpulos, que se los ha dejado usted vender en pública subasta como esos cachivaches que han pregonado en el patio. Está usted arruinado y no vencido. Se halla usted dispuesto á todo con tal de alcanzar los favores de la fortuna. Por lo tanto, es usted mi hombre.

MARQ. ¿Pero usted no puede alcanzar para sí?...

JAC. No. Es verdad que tampoco tengo escrúpulos, pero estoy casado y no ostento en mi apellido la gloria de muchos siglos. Soy pueblo que sube hasta ustedes, no noble que baja hasta el suelo.

MARQ. ¿Y cómo he de entrar en posesión de esa fortuna?

JAC. Por medio de una herencia.

MARQ. Pero hasta entonces...

JAC. Soy poderoso. Mi caja está abierta para que usted disponga de ella como si fuera suya. Para darle pruebas de lo que le digo, le devuelvo este castillo, cuya propiedad ha per-

dido usted hoy y que yo he adquirido para restituírselo. Un Marqués con un castillo ruinoso es para las chicas del pueblo de una poesía fascinadora.

MARQ. ¡Es usted admirable!

JAC. Y puesto que ya somos cómplices en la infamia que proyectamos, no más misterios. Oiga usted cómo he descubierto esa inmensa fortuna. Un periódico de Nueva York, *El Herald*, publicó la noticia: Francisco Souvestre, aventurero francés, había fallecido allí, después de una vida novelesca de colosales negocios, dejando á su familia—si la tiene, pues él no habló á nadie jamás de ella—una fortuna valuada en cien millones de francos. No hizo testamento. Estas son las notas recomendadas de mi agente en Nueva York.

MARQ. ¿Ha buscado usted á los herederos?

JAC. La mitad del éxito está ya conseguida á estas fechas. El cómo no hace al caso. Souvestre tenía dos herederos: un hermano y una hermana. El primero es un obrero mecánico y con su hija única es con quien deberá usted casarse.

MARQ. Pero la hermana...

JAC. Ha muerto hace ocho días.

MARQ. ¿De muerte natural?

JAC. Eso han certificado los médicos.

MARQ. ¿De modo que ya?...

JAC. No queda más que su hijo, ingeniero director de la fundición donde Souvestre es conserje.

MARQ. ¿Y ese?

JAC. No daría cien francos por su vida. ¡Las huelgas son tan frecuentes! Se introducen entre los obreros—gentes, por lo general, sencillas y gritonas que piden leyes que aplaquen su hambre en lugar de pedir pan, que ese sí se la aplacaría—ciertas malas cabezas, y podría ocurrirle... Pero no adelantemos los sucesos. El matrimonio que propongo á usted debe realizarse sin pérdida de tiempo. Conocerá usted mañana á la muchacha y se hará us-

ted amar de ella, cosa para usted sencillísima. Supongo no es la primera...

MARQ. También pudiera ocurrir que no me hiciera caso.

JAC. No admito esa hipótesis.

MARQ. Las jóvenes son caprichosas. ¡Y podría querer á otro!

JAC. (Con frialdad.) Lo sentiría por él. En cuanto á ella, si no quiere ser marquesa de grado le haremos el honor de hacérselo ser por fuerza.

MARQ. ¡Por Dios!

JAC. (Sin hacerle caso.) Será necesario que olvide usted por unos días su condición de aristócrata, para introducirse sin despertar sospechas en casa del obrero. Yo le he precedido. Soy hace días capataz de una brigada y entre mis manos tengo el declarar, empujar y hacer sangrienta la huelga. Dos hombres de toda mi confianza, esclavos míos, porque su libertad y su vida me pertenecen, son también trabajadores en la misma casa y... lo demás.. ello vendrá.

MARQ. ¿Pero puede usted vivir sin corazón?

JAC. Dios se olvidó de dármelo y esa es mi fuerza. ¡Ah! Una advertencia importante. No se me vaya usted á enamorar de esa chicuela como un cadete. Esa sería una simpleza que no le perdonaría jamás.

MARQ. (Sonrisa dolorosa.) No hay cuidado. ¡Estoy bien seguro! (Se oyen las voces de los criados del Marqués.)

JAC. ¡Sus criados! Vienen á cobrar sus cinco mil francos. (Entregándole un puñado de billetes.) ¡Tome! ¡Deles diez!

MARQ. ¡Oh, qué placer! ¡Vengarme de esa canalla!

JAC. No haga usted la tontería de despedirlos. ¡Nos son necesarios! ¡Canalla más unida y más canalla, no nos sería fácil reemplazarla!

MARQ. ¿De modo que...?

JAC. Siguen siendo sus servidores. ¡Acabe con ellos! Le espero con el notario para restituirle castillo, bosques y tierras... No tarde, Marqués. ¡No me gusta esperar! (Mutis izquierda.)

ESCENA ULTIMA

MARQUÉS DE VILLEFORT. AYUDA DE CÁMARA, COCHERO, JARDINERO, COCINERO, Mozos de comedor y de cuadra, por la derecha

A. DE C. Aquí estamos otra vez, señor Marqués.

MARQ. Por vuestro sudor... ¿No es eso? ¿Y lo valuábais en cinco mil francos? ¡Tomad! ¡Ahí tenéis! ¡Canalla! (Les arroja al rostro los billetes.)

TODOS ¡Cómo!

A. DE C. Señor, este dinero...

MARQ. Vuestro, sí. Soy rico, poderoso... Puedo volverme á arruinar. Mejor dicho, quiero que me ayudéis á arruinarme, y no os despido. Os necesito para tener el placer de ser vuestro amo. ¿Lo oís? ¡El amo!

A. DE C. ¡Viva cien años el señor Marqués! (Le rodean todos.)

TODOS ¡Viva!

MARQ. ¡Paso, canalla! ¡Paso! (Todos abren calle y se inclinan profundamente al paso del Marqués, que hace mutis por la izquierda. Ayuda de Cámara levanta el portier.)

TELON



ACTO PRIMERO

La huelga sangrienta de Passy

Gran nave ó galería de una fábrica de fundición. La decoración forma tres rompimientos, el telón de foro y el forillo. El telón de foro tiene una gran cristalera, á través de la cual se ve el cielo del crepúsculo. Debajo de la armadura de hierro que figura encintar la cristalera, se abren dos puertas. Una en el centro, grande, de cristales y otra estrecha y baja á la derecha. Los tres rompimientos fingen la perspectiva de la nave, cuya longitud, calculada desde el público, excede notablemente á la verdadera. A la derecha, ante el primer rompimiento, formando casi ángulo recto con él, un trasto con puerta practicable sobre la que se lee el letrero «Conserje», constituye un cuartito abierto al público. El fondo del cuartito es el mismo primer rompimiento, en el cual se abre una ventana de cristales por la que se ve á su tiempo un pequeño forillo de calle. El paño de la derecha de este cuartito, tiene otra puerta practicable que se abre hacia la caja. En este cuarto hay sillas y algún otro mueble muy modesto. A la izquierda, ante el mismo primer rompimiento, otro trasto con una puerta practicable con mampara de cristal. Sobre esta puerta, se lee un rótulo que dice: «Despacho del Ingeniero director». Entre el segundo y tercer rompimiento, á la izquierda, un motor de vapor con su volante correspondiente, que juega á la vista. Entre el primero y segundo, y entre éste y el tercer rompimiento, á la derecha, otras máquinas de transmisión, con correas sin fin, calderas y otros trastos, y en el telón de fondo, haciendo ilusión completa, una galería de máquinas en movimiento cuya perspectiva se pierde á lo lejos. Las gasas que figuran los cristales de la puerta del foro centro y la gran cristalera triangular dejan ver el forillo que representa la barriada industrial de Passy con multitud de fábricas,

cuyas ventanas iluminadas y cuyas plazoletas, cuajadas de lámparas eléctricas, se ven á lo lejos. En toda la nave los rompimientos y el fondo forman una gran montera de cristales, triangular, que sostienen armaduras de hierro y gruesas pilastras. En el centro de la escena hay repartidos yunques, carretillas, rollos metálicos, planchas de hierro y otras cosas propias del lugar. Al levantarse el telón, el trabajo está en plena actividad El motor en movimiento, vigilado por un obrero. Cruzan la escena trabajadores con carretillas cargadas de materiales. Otros trabajan golpeando barras de hierro sobre los yunques con largos martillos, etc , etc. El trabajo dura unos segundos, al cabo de los cuales se abre bruscamente la puerta de la izquierda, primer término, que conduce al despacho del Director, y salen a escena Luis Rolland, ingeniero, zarandeando furiosamente á Goliat, á quien tiene agarrado por el cuello de la camisa, y detrás de ellos Jacobo, en traje de obrero, Jaime y Andrés Souvestre, que tratan de apaciguarles.

ESCENA PRIMERA

JACOBO, GOLIAT, JAIME, ANDRÉS SOUVESTRE, LUIS ROLLAND, Obreros

LUIS ¡Por forzudo que seas, aunque te llamen Goliat, conmigo no te vale!

GOL. (Luchando desesperadamente por desasirse de las manos de Luis.) ¡Por lo que más quiera, suélteme, señor Ingeniero, ó no respondo! (Obreros suspenden el trabajo y se acercan en actitud amenazadora, despechugados, con los brazos desnudos hasta el codo y empuñando sus herramientas, martillos, etc. Jacobo que ha presenciado impasible el principio de la escena, interviene.)

JAC. ¡Quietos! ¡Es el amo! (Murmullos prolongados.)

GOL. (Da un violento tirón y se suelta. En seguida echa mano al martillo que tiene uno de los operarios y se dirige amenazador á Luis.) ¡Defiéndase ó le mato como á un perro!

JAC. (Deteniéndole.) (¡Quieto! ¡Es pronto!)

GOL. (Pero...)

JAC (¡Te lo mando! ¡Hazte la víctima!)

GOL. (Arroja el martillo.) ¡Por mis hijos!... Agradézcales la vida que le dejo, á ellos, sólo á ellos. (Los murmullos son cada vez más amenazadores.)

LUIS — En ellos debiste pensar, cuando predicabas á los demás el exterminio de tus amos. Si no agradeces el pan que comes...

GOL. — (A los demás.) Ya lo oís, todavía tenemos que agradecerles... ¡Nos dan su dinero á cambio de estarnos tomando el sol! ¡Qué gracia!

LUIS — ¡A la calle! (Protestas de todos.) ¡He dicho que á la calle y no acostumbro á repetir mis órdenes!

JAC. — Perdone usted, señor Ingeniero. Sólo con causa justificada puede condenarse á la miseria á un semejante.

LUIS — No es esta ocasión de discutir, sino de obedecer.

JAC. — (Con mucha calma.) Entonces, ¡todos á la calle! Que le obedezcan los músculos de acero de esas máquinas. ¡Nosotros somos hombres!

JAIME — ¡A la huelga!

TODOS — ¡A la huelga!

AND. — (A Luis.) (Pero, sobrino, considera que arruinas la fundición, que se extenderá la huelga... que...)

LUIS — (A Andrés.) (¡Que sin principio de autoridad no hay vida posible, tío! ¡Si cedo hoy, me pisotearán mañana!)

AND. — (A Goliat.) (¡Vete! Se le pasará la basca. Es bueno y te perdonará.)

GOL. — ¡*Agüelo*, defiendo el pan de mis hijos!

AND. — ¡Calla, encismador! ¿Dónde tienes esos hijos, para que yo lo sepa?

GOL. — En el Hospicio. La caridad los mantiene.

AND. — Entonces, ¿qué pan es el que les quitan?

GOL. — ¡El mío!... ¡Ya lo oís, compañeros! Ese hombre, que por no ser no es ni siquiera el patrono, sino un sueldo mayor que el nuestro, pero sueldo al fin, quita, por su capricho, el pan á mis hijos.

JAIME — ¡A la calle! ¡A la calle, todos!

JAC. — (A Luis.) ¡Ya lo ve usted! ¡Esa es su obra!

LUIS — (A Andrés.) Cuente la herramienta y suspenda hasta nueva orden el trabajo. (Mutis puerta primer término izquierda.)

JAC. — Ya lo habéis oído. ¡La declara él, no nosotros!

AND. (Me voy con éstos. Después de todo son chicos grandes, y no estará de más un poco de cordura entre ellos.) ¡Muchachos, soy de los vuestros! (Me los llevo y después volvemos todos.)

TODOS ¡Viva nuestro maestre! ¡Viva el viejo Andrés!

AND. ¡Vivamos todos, qué diantre! (Le rodean los Obreros y salen con él tumultuariamente por el foro centro.)

ESCENA II

JACOBO, GOLIAT y JAIME

GOL. ¿Qué tal jugada está la cosa, patrón?

JAC. El primer golpe está dado. Ahora vete con ellos á la taberna y que el vino haga lo demás.

GOL. (Acercándose á la puerta primer término izquierda.) ¡Viva la emancipación social! ¡Viva la huelga! (Mutis foro centro.)

OBREROS (Dentro.) ¡Viva!

ESCENA III

JACOBO y JAIME

JAC. ¿El Marqués vendrá? Es el cumpleaños de esa chicuela y algo puede adelantar, regalándola con esplendidez.

JAIME Creo que se equivoca usted, patrón. Es más fácil manejar cien hombres que el corazón de una muchacha. Además, quiere á ese mocoso de Rafael y una y otro nos darán guerra.

JAC. ¿Pero el Marqués hace lo que puede por desbancar al novio?

JAIME ¡Hace más de lo que puede! Porque yo que estoy puesto por usted á su servicio para vigilarle, le aseguro que no le parece humo de paja la tal Anita.

JAC. El padre, ese viejo camastrón, está de su parte.

JAIME ¡Tan de su parte! Si tuviese autoridad sobre su hija, ya sería ésta toda una señora marquesa.

JAC. ¡Pues de grado ó por fuerza, hoy ha de estar esa mujer en nuestro poder! O el Marqués se la quita á su novio ó se la quitamos nosotros.

JAIME El escándalo va á ser gordo.

JAC. ¡Qué quieres! Las huelgas, cuando toman ciertos giros, se sabe dónde y cómo empiezan, pero no se puede saber cómo acaban.

JAIME ¿Y ahora á la taberna?

JAC. A emborrachar á esos hombres, más que con vino, con odio.

JAIME ¿Contra el Ingeniero?

JAC. ¡Contra lo que se les ponga por delante!

JAIME Pero como el Ingeniero es de un valor temerario...

JAC. Ya sabes que los valientes y el buen vino...

JAIME Ya lo creo, duran poco. (Mutis los dos foro centro. Al salir ellos, entra por el mismo sitio Rafael con un ramito de flores en la mano. Tipo de clase media, buena figura, muy joven.)

ESCENA IV

RAFAEL, después ANA

RAF. ¿Dónde irán esos pajarracos? No sé quién ha recomendado al Director esos hombres, pero lo que sí sé es que han de dar que sentir. (Mira á ver dónde se dirigen.) A la taberna. ¡Digo, si están allí todos! Dios quiera que se acabe el día en paz. ¡Hay un no sé qué de amenazador en el aire! .. ¡Bah, también yo!... En vez de correr á poner estas pobres flores delante de mi muñeca, para que se mueran de envidia al verla tan hermosa, me estoy vaticinando... ¡Qué me importa! ¡Que se vayan á la taberna! ¡Mejor! Así no me obliga-

rán esas máquinas, con su potente respirar, á hablar á gritos á mi nena...

ANA (Sale al cuartito por la puerta primer término derecha.) ¡Qué silencio más raro! Acostumbrada al infernal ruido de máquinas y martillos, estoy sorda con esta tranquilidad... Veamos qué pasa. (Aproximándose á la puerta que da á la galería.)

RAF. (Viéndola y ocultándose al lado de la puerta para sorprenderla.) ¡Anita!... ¡Aguarda y verás!...

ANA (Viéndole ocultarse.) (¡Creerá el tonto que no le he visto!) (Se hace la distraída mirando la galería desde el umbral de la puerta del pabellón.)

RAF. ¡Felicidades, chiquilla! (La arroja las flores desatadas de modo que caigan sobre ella como una lluvia.)

ANA ¡Ay, qué es esto! ¡Ah, flores! ¡Me has asustado, tonto! Pronto viene hoy el señor. Nos hemos declarado en huelga, ¿no es eso, caballerito?

RAF. Eso es, tenía un dolor...

ANA ¿De corazón?

RAF. Sí, señora, de corazón. Me dolía no estar á tu lado, y dije al jefe que no sé qué tenía. Como no soy remolón al trabajo, me creyó á pies juntillas y... aquí me tienes. ¡Ya no me duele nada! (Recoge las flores y vuelve á formar el ramo.) ¡Vamos, tontas! (A las flores.) Os he arrancado del rosal y en otro rosal os dejo. (Se las pone en el pecho á Ana.) ¡Quejáos ahora! (Se oye una sonora campanada en la puerta del foro centro que estará cerrada.)

ANA ¿Quién será? Y no hay aquí nadie...

RAF. Yo abriré. (Se dirige á la puerta y abre. Aparece en ella un Demandadero (botones) con una corbeille de flores hermosísimas y sobre ellas una tarjeta en un sobre.)

DEM. ¿Señorita Ana Souvestre?

RAF Ana, esto traen para tí. (Coge la corbeille.)

ANA (Irreflexivamente.) ¡Qué hermosas! (Transición.) ¡Digo! ¿Quién las envía?

RAF. Quien sea. ¡Tómalas, ya que te parecen tan hermosas! (Al Demandadero, dándole unas monedas.) Y tú, toma, por el daño que me has hecho. (Cierra violentamente la puerta y avanza hacia Ana con la corbeille.) ¡Tómalas y dame las mías! (Se las quiere quitar y ella las protege cruzando sus

manos sobre el pecho.) ¡Pobres, no habéis merecido de ella una sola palabra!

ANA ¡Estas no!

RAF. Júrame que no sabes quién... Pero, ¿qué me vas á jurar ni qué necesidad tengo de oir su nombre, si desde que las he visto me está zumbando en los oídos? El señor Claudio ès quien te las envía.

ANA El debe de ser. ¡Veámoslo! (Muy natural.)

RAF. ¿Para qué?... ¡Miserable! Dice que es rico y todavía quiere más. ¡Quiere quitar á un pobre hasta la esperanza de ser feliz! (Estruja la tarjeta y la arroja al suelo.)

ANA ¡Vamos, tonto! ¡Mira! (Le arrebata la corbeille arrojándola también al suelo.) ¿Es que quieres que te lo diga otra vez más? ¡Te quiero á tí solo! A tí solo, ¿lo oyes?... ¡A tí solo!

RAF. (Tomándola las manos) Mírame á los ojos, fijo, muy fijo, y repítelo. ¡Así!... ¡Ahora!

ANA ¡Te quiero á tí, á tí solo!

RAF. Te creo, sí, te creo porque necesito, como el aire para respirar, creer en tí para vivir. Sería una cosa mal hecha, sí, muy mal hecha, engañarme. Díme: ¿se te ha declarado ya ese señor Claudio?

ANA Sí, hace días. Habló primero á mi padre. Después, con su consentimiento, me pidió que fuese su esposa.

RAF. Y tú le contestaste, ¿qué? Dilo pronto... ¡Sin pensarlo!

ANA Que tenía ya dado mi corazón.

RAF. ¿A quién?

ANA A Napoleón I, ¡vaya una pregunta!

RAF. ¿A mí? Le dijiste que á Rafael .. Se lo dijiste, ¿verdad? ¡A mi Rafael! ¿Le dijiste eso? ¿Mi Rafael ó Rafael á secas?

ANA No te importa. Lo que sí es que cómo se lo diría que hasta hoy, que ha enviado eso, no ha vuelto por aquí.

RAF. ¿Ves lo que soy yo? Ahora tengo lástima á ese señor Claudio. Si te quiere como yo te quiero debió de sufrir lo que sufriría yo si me dijeras eso.

ANA ¿Pero dónde está la gente?

RAF. En la taberna..

ANA ¿Mi padre también?

RAF. Eso es lo único que me tranquiliza. Le quieren y respetan, iba á decir que todos, pero estoy seguro de que los tres que he encontrado aquí al entrar no pueden querer á nadie. ¡Y esos le odiarán!

ANA ¿Odiarle? ¿Por qué?

RAF. Por ser su enemigo.

ANA ¿Enemigos él? ¿Y dices eso tú que le conoces?

RAF. Porque le conozco y leo en las caras traidoras de esos tres lo que son, por eso te digo que es su enemigo. No él de ellos, pero sí ellos de él. Lo apostaría contra quien diga lo contrario y ganaba, créemelo.

ANA Y esos tres, ¿quiénes son?

RAF. Los últimos que han entrado. El señor Jacobo, que parece el jefe, Goliat y Jaime, que son sus dignos secuaces.

ANA ¡Es verdad! Los pobres obreros ya no son los mismos. Reciben cualquier orden como si recibiesen un latigazo en la cara. Hablan de que su pan es muy amargo, ¡y qué sé yo! Pero es lo cierto que han cambiado mucho. Otros años, ya lo sabes, salía yo aquí con una bandeja de dulces y unas botellas de licor, y cambiaba dulces y copitas por besos y caricias cuando niña, por cumplidos toscos, pero sinceros, cuando mujer.

RAF. En cambio este año...

ANA Los dulces y el licor no han faltado; ahí están; quienes no están aquí son ellos.

RAF. Ojalá me equivoque, pero...

ANA Aprensiones tuyas. No se han acordado de mí y eso es todo. Mañana les hago el obsequio y ya lo verás, me piden perdón por su olvido de hoy.

RAF. ¿Qué regalo te ha hecho tu primo el ingeniero?

ANA Hasta ahora ninguno, y no me extraña. Está hace días muy preocupado. Sospecha, como tú, algo que se trama en la sombra... Así que está huraño, ceñudo, con lo que

cree adivinar. Es algo déspota, no lo niego, pero sólo durante el trabajo, que después, como él sepa que á un obrero le ha ocurrido una desgracia, sin hacer de ello alarde, la remedia con alma y vida. Dios me dé esos genios, no el de mi padre, que es del primero que llega y juegan con él como les da la gana. Mira, me vas á hacer un favor. Vete á redimir á padre del poder de su majestad el vino, que se pone después tan temoso... ¡No vuelvas sin él! Cenarás con nosotros y luego nos llevas al teatro; ya sabes que me lo tienes ofrecido.

RAF. Y aquí están los billetes. A la Opera Cómica.

ANA ¡Qué gusto! Has hecho bien en traer eso. Esta noche no tengo maldita la gana de presenciar cosas terribles. Sueño siempre con el traidor, me asaltan pesadillas tremendas y me paso la noche tan pronto con que me roban unos tíos muy feos para hacerme casar á la fuerza...

RAF. Pero al final te encontrarás con herencias fabulosas y casada con quien tú quieres.

ANA A eso no llego nunca. Siempre me despierto antes.

RAF. Vaya, me voy por papá. (Mutis foro centro.)

ANA ¡Que no tardéis!

ESCENA V

ANA, sola

Es verdad, me dan miedo esas obras. En cambio la música... ¡Qué cosas más graciosas! Son también disparates, pero los disparates con música pasan con mayor facilidad. Ese volverá en seguida. Voy á preparar el convite por si les da el vino por venir todos á felicitarme. Se lo agradecería, la verdad, porque no me gusta que me olviden. Hay aquí algunos como Justo, el señor Carré y el abuelo Lablache, que me conocen desde

que era así. (Marca la estatura con la mano puesta á media vara del suelo.) ¡Qué gusto! ¿Qué harán hoy? ¿*Madame Angot*? (Entra en el cuartito cantando; aire de «Madame Angot».)

Cuando alborota una mujer
muy poco tiene que perder.
Tararari, tarí, tará... etc.

(Tarareando hasta completar, sin letra, el verso musical, hace mutis, jubilosa y sonriente, por la puerta primer término derecha.)

ESCENA VI

El MARQUÉS DE VILLEFORT y JACOBO, por el foro centro. El primero se presenta modestamente trajeado

MARQ. ¿Está sola? ¡Mejor! Así me ha de oir de grado ó por fuerza.

JAC. La verdad es, amigo Marqués, que dejarse vencer por ese monigote no le honra gran cosa.

MARQ. (Recogiendo del suelo su tarjeta que arrojó Rafael.) ¿Eh? ¿Qué tal? Mi tarjeta. ¡Ni siquiera la ha leído!

JAC. (Burlón, tomando la tarjeta de manos del Marqués.) ¿Versos? ¡Hola! (Leyéndola.) «Marqués de Villefort.» (Mirando la «corbeille» en el suelo.) Pero, ¡qué veo! ¡Torpe! ¡Marqués y enviarla flores como un colegial!

MARQ. ¿Qué he debido enviarla? ¿Alhajas?

JAC. No las hubiera arrojado con tanto desprecio.

MARQ. No es ambiciosa.

JAC. Es mujer.

MARQ. Me habría devuelto mis diamantes.

JAC. Pero no sin mirarse y remirarse con ellos al espejo.

MARQ. ¿Pero no cree usted en la virtud?

JAC. ¡Palabras!

MARQ. Ana es honrada.

JAC. Hasta que se la presente la deliciosa ocasión de dejar de serlo.

MARQ. ¡Bah! ¡Palabras!

JAC. Tiene usted razón; estamos perdiendo un tiempo precioso. ¡Vénzala ó convénzala, me es indiferente! Y si ni una ni otra cosa logra, procure hacerla salir, si no con usted, huyendo de usted. Lo demás es ya cuenta mía. Mañana se la tengo á su disposición en su nido de murciélagos, el castillo de sus nobles antepasados. (Sarcástico.)

MARQ. La aventura puede hacer ruido.

JAC. Dentro de poco habrá aquí tanto, que aunque se le añada un instrumento... Conque, Marqués, detrás de esa puerta, (Señala la del cuartito.) están nuestros millones; cerca de aquella, (Señala la del foro centro.) yo, por si intentaran escapársenos. (Mutis foro centro.)

MARQ. (¡Dios! ¡Cuánto cuesta acostumbrarse á ser infame!) (Entra en el cuartito á tiempo que Ana sale á él por la puerta primer término derecha.) Buenas tardes, Anita. (Cambia de modales y voz bruscamente.)

ESCENA VII

ANA y el MARQUÉS de VILLEFORT

ANA ¡Adelante, señor Claudio!

MARQ. ¿Está usted sola? (Hace ademán de retirarse.)

ANA Vendrán Rafael y mi padre. Siéntese. Mi viejo se alegrará de verle.

MARQ ¿Y usted no, Ana?

ANA Yo también. ¿Por qué no?

MARQ. (Con tono sentido.) Ana, ¿por qué ha arrojado mis flores?

ANA Las recibió Rafael, se disgustó, y por eso.. Le agradezco el recuerdo, pero... (Confusa.)

MARQ. ¡Rafael! ¡Siempre Rafael! ¿Qué tiene para usted ese muchacho?

ANA Tiene... el ser mi novio.

MARQ. (Con desprecio.) ¡Un niño!

ANA Como yo. Me lleva un año ¡Ya ve usted, no somos tan niños!

MARQ. Su padre no ha de consentir una locura semejante.

ANA — Ahora, claro que no. Pero cuando mi Rafael gane lo bastante para los tres, poco, porque no soy ambiciosa, entonces mi padre hará lo que yo quiera.

MARQ. — Soy rico, Ana. Su padre puede tener á nuestro lado una vejez tranquila.

ANA — No digo que no, señor Claudio, y le agradezco la intención. ¡Ya lo creo! No le voy á odiar porque me quiera.

MARQ. — Confiese usted que es injusta conmigo. ¿Qué la he hecho para ser rechazado? La amo á usted y no lo he ocultado á su padre desde el primer momento. ¿Es un crimen amarla? ¿Es un crimen, sobre todo, aspirar á la mano de usted? Respeto la amistad fraternal que profesa á Rafael, pero insisto en creer que usted misma se engaña al juzgar su corazón. Por lo demás, ya que la causo á usted horror...

ANA — ¡Horror no, por Dios! (¡Miedo!)

MARQ. — Dele el nombre que quiera. No volvamos á hablar más del asunto. (*Muy serio.*) Señorita, prometo á usted no volverla á recordar los sentimientos que me ha inspirado. Renuncio á conseguir la felicidad que esperaba, pero no sin pena. ¡Créalo usted! Lo único que la ruego, es que me permita esperar el regreso del señor Andrés, á quien tantas atenciones debo.

ANA — ¿De veras? ¿Hará usted eso que dice? ¿Renuncia usted? ¡Qué feliz me hace oirle expresarse de ese modo! (*El Marqués se deja caer sobre una silla, oculto el rostro por las manos.*) ¡Señor Claudio, veo que no me he portado bien con usted! Perdóneme por lo de las flores.

MARQ. — La perdono á usted, Ana, la perdono. (*Entra Rafael por el foro centro.*)

ANA — Voy, voy ahora mismo por ellas. ¡Que rabie ese celoso de Rafael!

MARQ. — (*Muy contento.*) (¡Sale de aquí! ¡Ya es mía!) (*Ana va á salir del cuartito á la galería, cuando aparece Rafael en la puerta.*)

ESCENA VIII

DICHOS y RAFAEL

RAF. (Entrando.) (¡Siempre esos pajarracos rondando la casa! He de avisar al ingeniero, porque algo malo traman. Lo dicen sus caras que están gritando maldades.) (Al ver á Ana.) ¿Dónde vas, Ana?

MARQ. (¡Maldición! ¡Siempre ese hombre!)

ANA ¿Y mi padre? ¿Por qué no te le has traído?

RAF. ¡Imposible! Quiere convencer á los obreros que, exaltados por no sé qué supuestas ofensas, gritan que han de prender fuego á la fundición. ¡Vete al lado de Ana!—me ha dicho.—¡No puedo dejar á éstos! ¡Harían un disparate!

ANA Alguien les arrastra á esos excesos, Rafael.

RAF. Esos infames. El señor Jacobo y sus dos inseparables. Nadie más que esos. ¡No les perderé de vista! Pero, ¿no estás sola? ¡Qué veo! ¡Ese hombre contigo! (Por el Marqués. Entra en el cuartito y se dirige á él violentamente.) ¿Qué hace usted aquí?

MARQ. Espero al señor Andrés Es inútil que me mire de ese modo. No me asusto, ni tampoco quiero reñir con usted.

ANA Rafael, ha venido á renunciar á mi mano. Me lo acaba de decir. Se acabó el rencor.

MARQ. (Con sorna.) Por mi parte, acabado.

RAF. No puedo, vamos, no puedo obedecerte, Ana. Le odio á pesar mío.

ANA Haces mal, porque yo ya le he perdonado. Tanto, que si es verdad que el señor Claudio no nos guarda rencor, hará el favor de quedarse á comer con nosotros. ¿Quiere ser nuestro amigo? Pues sólo á ese precio le concedemos nuestra amistad. Además, mi padre le tenía á usted invitado para hoy.

MARQ. Me quedaré, pero mi presencia puede ser enojosa.

RAF. (Trabajosamente.) ¡Quédese!... Se lo agradeceremos.

MARQ. Obedezco, aunque me ha de permitir usted (A Ana.) que me retire cuando lo juzgue oportuno.

ANA Muy bien. Entonces voy á comprar unas cosillas. ¿Dónde esta mi cesta? ¡Ah, aquí! (Coge una cesta que habrá sobre un taburete.) ¿Llevaré dinero? ¡Sí! Vuelvo en un vuelo. (A Rafael que se dispone á acompañarla.) ¿A dónde vas? Conmigo no, señor. No me pierdo. Está tranquilo. Quédate con el señor Claudio.

MARQ. Claro, quédese conmigo, si no le asusto. (Con ironía para obligarle.)

RAF. ¿Asustarme? ¡Qué disparate! Aquí nos quedaremos. No tardes, Ana. (Jacobo entra, cautelosamente, en la galería por la puertecilla del foro derecha.)

ANA ¡Sé juicioso ó no te quiero! ¿Lo oyes? ¡Cuidadito conmigo! (Sale á la galería. Rafael se sienta frente al Marqués. Escena muda hasta que se indique. El Marqués mira á todos lados tembloroso y descompuesto. Rafael repica, distraidamente con los dedos, sobre cualquier mueble.)

ESCENA IX

DICHOS y JACOBO

JAC. (¡Sale la mocosa! ¡Y sola! ¡Esta es la ocasión!) (Fingiéndose muy agitado se acerca á Ana.) ¡Señorita!... ¡Una desgracia!... ¡Una desgracia horrible!... Su pobre padre...

ANA ¡Qué! ¡Mi padre! ¿Qué le ocurre?

JAC. ¡No! ¡No se alarme! Quizá no sea nada... Una reyerta con los compañeros porque estos intentaban vengarse del amo.

ANA (Anhelosa, sollozando.) ¿Dónde?... ¿Dónde está?

JAC. Cerca, muy cerca. De todos modos he traído un coche, porque la misma gravedad...

ANA (Aterrada.) ¡Cómo!... ¡Está grave!... ¡Quizá muerto!

JAC. No, tanto como... Pero urge que usted...

Porque... El médico ha prohibido que le traigan á su casa.

ANA Llamaré á Rafael que me acompañe.

JAC. Eso, para que en vez de una desgracia tengamos que lamentar dos... Rafael tiene el genio fuerte.

ANA (Trémula.) ¡Vamos! ¡Vamos! ¡A escape! ¡Un minuto que se pierda...! ¡¡Padre!! ¡¡Padre mío!! (Sale desalentada por la puertecilla del foro derecha. Jacobo detrás.)

ESCENA X

MARQUÉS DE VILLEFORT y RAFAEL

MARQ. (Fingiéndose indiferente, pero dominado por una violenta emoción.) ¡Qué calor! (Levantándose y acercándose á la ventana del foro.) ¿Me permite usted abrir?

RAF. ¡Abrala usted! Por mí...

MARQ. (Abre la ventana y mira anheloso hacia el exterior sonriendo después.) (¡Ah, como un cordero se deja conducir por ese hombre!)

RAF (¿Mirará con esa curiosidad á mi Ana? Porque su fingimiento...) (Se levanta y se acerca á querer mirar por la ventana.)

MARQ. (¡Eh! ¿Sospechará?) (Se vuelve de espaldas á la ventana, cubriéndola al apoyarse en ella, y ofrece un cigarro á Rafael.) Un cigarro, amigo.

RAF. No fumo... (¿Por qué me impide acercarme?)

MARQ. Confiese usted, joven, que no cree en mi arrepentimiento. Enamorarse de esa linda criatura y resignarse á dejársela á otro... Usted no lo haría, ¿verdad?

RAF. ¡No, señor, no lo hago!

MARQ. Pues yo sí, ya lo ha visto usted... Cuestión de años

RAF. ¿De años?

MARQ. De experiencia, si le suena mejor. Ciertos hombres, como el loco de la fábula, nos empeñamos en ver, no lo que miran nuestros

ojos, sino lo que ante éstos permanece oculto. El caso del loco, pinta magistralmente esa doble vista.

RAF. Pero, ¿qué veía?

MARQ. En la mujer, no el cutis terso y aterciopelado, no el dulce y acariciador mirar de sus ojos, tampoco el nido de besos de su boca, sino haciendo transparente su piel, la tensión de músculos y nervios que obligaban á la sonrisa, los mil hilos que, á modo de red sangrienta, aprisionaban sus ojos; el pensamiento nacido y meciéndose entre las protuberancias del cerebro; los mimbres del maniquí, en una palabra.

RAF. ¡Horrible locura!

MARQ. De ese modo nada se le ocultaba.

RAF. ¿Veía el corazón?

MARQ. Claro que sí. Por eso, cuando le hablaban de esa víscera, reía como un loco... La pasión se la asignaba á los nervios. ¡Locuras!

RAF. ¿Y la honradez?

MARQ. No logró verla... Por eso le tenían por falto de juicio. (Transición.) Pero, ¿es que quiere usted tomar también el fresco? ¡Habérmelo dicho, por Dios! ¡Le ruego me perdone! Le cedo con mil amores mi sitio. (Se aparta de la ventana.) (¡Ya puedes mirar, imbécil!)

RAF. Parece que tarda.

MARQ. ¿Quién?

RAF. Ana.

MARQ. Habrá ido quizá algo lejos... Volverá... Esa impaciencia es muy disculpable á su edad. No se es joven más que una vez.

RAF. (¿Se estará burlando de mí?) ¿Pero usted es tan viejo, señor Claudio?

MARQ. Para querer con la fe que usted quiere, sí, lo confieso. Yo quiero de otro modo más práctico.

RAF. No sé más que un sólo modo, y no sé si es práctico ó teórico: con toda mi alma.

MARQ. ¡El alma! ¿Qué es eso?

RAF. No soy sabio, señor. Sólo he aprendido una ciencia, la de ganarme el pan con mi trabajo.

MARQ. Y la de querer á Ana. Con eso sabe usted ya demasiado... Lo que le falta saber es si ella...

RAF. ¿Me quiere?... Me lo ha jurado mil veces. Además de sus labios, me lo han dejado leer sus ojos, me lo ha demostrado el palpitar de su pecho.

MARQ. Si le oyera nuestro loco...

RAF. Me diría todas esas locuras, que no sé con qué fin me está usted diciendo hace rato. Si su intención, señor Claudio, es hacerme dudar de mi Ana, pierde el tiempo, ¡se lo aseguro! Me había ella de decir á gritos que no me quería, y oiría yo estas palabras: «¡Miento, Rafael! ¡No me creas! ¡Te quiero á tí, á tí solo!»

MARQ. ¡Hermosa fe!

RAF. Tenerla ó no tenerla. La fe es ciega. (Miajitas, tipo de muchacho del pueblo, entra por la puertecita del foro derecha y se acerca corriendo á la puerta del cuartito. Trae una carta en la mano.)

ESCENA XI

DICHOS y MIAJITAS. OBREROS, dentro

MIAJ. ¡Rafael! ¡Rafael!

RAF. ¿Quién me llama? ¡Hola, Miajitas! ¿Qué me quieres?

MIAJ. (Dándole la carta.) Esta carta para usted. Ya me han *pagao* el encargo. (Medio mutis.)

RAF. Pero, oye...

MIAJ. Déjeme, que se prepara función de pólvora y no quiero perder mi asiento de primera fila.

MARQ. ¿De pólvora? ¿Qué dices, chico?

MIAJ. ¿Qué?... ¿Oyen ustedes?... (Murmullos amenazadores y voces de Obreros, dentro.) ¡Que va á haber aquí jarana!

MARQ. ¿Contra quién?

MIAJ. ¡Otra! ¡Qué pregunta! ¿Contra quién va á ser? ¡Contra el que manda! El que tiene ventanas es el único que puede sacar los vidrios rotos.

OBREROS (Dentro.) ¡Muera el ingeniero! (Se oye caer una lluvia de piedras dentro así como el ruido ensordecedor de muchos cristales que se rompen.)

MIAJ. ¡Abur! ¡Empieza la sinfonía! ¡Miajitas, á tu preferencia! (Hace mutis corriendo por la puertecilla foro derecha. Crece el murmullo amenazador de los Obreros. Caen algunas piedras y cristales más.)

ESCENA XII

DICHOS, menos MIAJITAS

MARQ. Pero abra usted la carta, criatura.

RAF. No sé quién puede escribirme.

MARQ. Por la letra del sobre.

RAF. Viene en blanco. (Rompe el sobre nerviosamente.)

MARQ. (¡Adivino la mano de Jacobo!)

RAF. (Leyendo, aterrado.) ¡Eh! ¿Qué dice?... ¡Mentira! ¡Falso! ¡Aunque lo haya escrito ella! ¡Miente, sí, miente!

MARQ. (Coge la carta de manos de Rafael y lee.) «Perdóname, Rafael. Quiero á otro hombre, me pide que le siga y no sé negarme. Olvídame y consuela a mi pobre padre. Adiós. Ana.» (Arrojando la carta al suelo.) ¡Pues hijo, bien claro *te* lo dice!

RAF. (Desvariando.) ¿Quién? ¿Ella? ¡Eso no lo ha escrito su mano! ¡No! ¡No, y cien veces no! ¡Eso es mentira! ¡Me ama! ¡No puede olvidar que yo soy su alma, su ideal, su destino! ¡Eso lo ha escrito otra mano! ¡Me la quitan! ¡La esclavizan! ¡Sí! ¡Mi alma, mi ilusión, mi virgen, á tí voy! (Quiere salir del cuartito y el Marqués le detiene por un brazo.)

MARQ. ¿A dónde *vas*, loco?

OBREROS (Dentro.) ¡Muera! (Caen más piedras y se oye más ruido de cristales.)

RAF ¡A buscarla! ¡Por ella! ¡Déjeme! ¡Usted no la quiere, por eso me detiene! ¡A usted no le roban su vida, por eso calla! ¡Yo grito, sí, grito! ¡Déjeme salir! (Griterío espantoso dentro, que crece hasta forzar los Obreros, en pelotón desordenado, con

Goliat y Jaime á la cabeza, las puertas de cristales del foro centro, que se abren violentamente y con estrépito.)

MARQ. (Soltando á Rafael, que sale á la galería.) ¡Anda y estréllate! ¡Mejor! (Queda escuchando muy tranquilo junto á la puerta que da á la galería, hasta que en el diálogo se indique su mutis.)

ESCENA XIII

MARQUÉS DE VILLEFORT y RAFAEL, GOLIAT, JAIME, OBREROS, armados con piedras, y algunos con herramientas que recogen en la galería

RAF. ¡Ah! ¡Ellos aquí! (Se dirige á Goliat, asiéndose desesperadamente á él.) ¡Mi Ana! ¿Qué habéis hecho de mi Ana? ¿Dónde la habéis llevado? ¡Dilo ó te ahogo entre mis manos!

GOL. (Separándole de sí sin gran esfuerzo.) ¡Quieto, muñeco!

RAF. ¿Dónde está tu amo?

GOL. ¿Oyes, Jaime? El señorito pregunta por el señor Jacobo. ¡Ahí te le envío! ¡Díselo! (Empuja á Rafael violentamente, de modo que vaya á caer en brazos de Jaime.)

JAIME ¡Así! ¡En la cuna! ¡Ea, nene, ea!

RAF. ¡Miserables!

GOL. ¡A la calle ese burgués!

JAIME ¡Fuera con el señorito! (Arroja á Rafael por la puertecilla foro derecha.)

OBREROS ¡Al arroyo con él! ¡Fuera!

RAF. (Dentro, alejándose.) ¡Ana! ¡Ana mía! ¡Ana!

ESCENA XIV

DICHOS, menos RAFAEL

GOL. ¡Compañeros! (Señalando las máquinas.) ¡Todos estos son los instrumentos de nuestra tortura! ¡Destrocemos á nuestros verdugos! (Yo voy á llamar al timbre del ingeniero.) (Arro-

ja una piedra sobre la puerta primer término izquierda, y el cristal de la mampara suena hecho pedazos.)

JAIME ¡Destrocemos, compañeros! ¡Viva la destrucción!

OBREROS ¡Viva! (Sueltan y rompen las máquinas de trasmisión, martillean sobre los volantes, y echan al suelo yunques, fardos, carretillas, destruyéndolo todo con saña loca produciendo un ruido ensordecedor.)

GOL. (A Jaime.) (Con el ruido el ingeniero no me ha oído llamar.)

JAIME (A Goliat.) (¿Das ahora el golpe?)

GOL. (A Jaime.) (Arma aquí un infierno para que no se enteren.)

ESCENA XV

DICHOS y LUIS ROLLAND, por la puerta primer término izquierda, armado de revólver

LUIS ¡Miserables!

GOL. (Lanzándose sobre Luis.) ¡Ah! ¡Ahora nosotros! ..

LUIS ¡Ahora! (Dispara su revólver sobre Goliat, sin tropezarle.)

GOL. (Saltando hacia él, le empuja violentamente, desapareciendo los dos por la puerta primer término izquierda y cerrándose tras ellos la mampara.) ¡Mío! ¡Eres mío!

MARQ. (En el cuartito.) (¡Bien jugado!. . ¡Ya soy poderoso!... ¡Salvemos mi nobleza!) (Se dirige hacia la ventana del fondo y salta por ella al exterior.)

ESCENA XVI

JAIME y OBREROS

JAIME ¡Nos fusilan por la espalda!

OBREROS ¡Mueran! (Se vuelven todos rápidamente y cae sobre la mampara primer término izquierda una lluvia de piedras.)

JAIME (Asomándose á la puerta del foro centro y volviendo agitado.) ¡Traición! ¡El viejo viene con los gendarmes! ¡A ellos!

OBREROS ¡A ellos! (Se dirigen en tropel hacia la puerta del foro centro en actitud agresiva. Suenan dentro varios disparos.)

GOL. (Sin ser visto por los Obreros, aparece por la puerta primer término izquierda, demudado, tembloroso, con la mirada extraviada. Cierra la mampara y queda un instante como clavado sobre ella. Arroja luego un puñal que lleva en la diestra y avanza hasta confundirse con los Obreros.) ¡Qué veo!... ¡Los gendarmes!

ESCENA ULTIMA

GOLIAT, JAIME y OBREROS. ANDRÉS SOUVESTRE, CAPITÁN DE GENDARMES y GENDARMES, por el foro centro, armados con fusiles

CAP. ¡En nombre de la ley!

OBREROS ¡No, no! (Van á arrojarse sobre el grupo de Gendarmes.)

AND. ¡Hijos míos! ¡Por lo que más queraís! ¡Vengo á salvaros! (Al Capitán.) ¡Señor, sea compasivo!

CAP. (A los Gendarmes.) ¡A ellos! (Van á cargar sobre los Obreros que huyen hacia la derecha. El Capitán hace tres disparos de revólver al aire.)

OBREROS ¡No! ¡Fuera, fuera!

AND. (A los Gendarmes.) ¡Seguidme! ¡Por aquí! ¡Qué sospecha, cielo santo! (Abre la puerta primer término izquierda, y aterrado retrocede.) ¡Muerto! ¡Mi sobrino! ¡Le han matado!

CAP. ¡Cómo! (Se acerca á la puerta y mira.) ¡Un cadáver! (A los Gendarmes.) ¡Guardad las salidas! ¡Han asesinado á un hombre!... (Estupor general. Momento de confusión. Los Obreros y los Gendarmes se atacan furiosamente. Cuadro.)

TELON

ACTO SEGUNDO

El secuestro de la calle de Rívoli

Habitación de casa modesta, pero demostrando en su mueblaje que se ha tratado de darla aspecto lujoso. Izquierda dos puertas. Derecha otra que se supone da á una alcoba y tocador. Al foro balcón con las maderas cerradas y protegidas por una barra de hierro Araña de varios brazos de luz eléctrica en el centro. Los muebles, como ya se dice, deben, por su lujo y variedad de estilos, desentonar del aspecto general de la habitación. La araña está encendida, pero es de día como se indicará en el transcurso del acto.

ESCENA PRIMERA

GOLIAT y JAIME, sentado groseramente junto á una mesa colocada en el centro y servida con los restos de una comida espléndida. Goliat, en el umbral de la puerta de la derecha, habla á una persona, que se supone está en la alcoba, sin lograr ser contestado

GOL. Vaya, señorita, que eso es ya demasiado llorar... Se ponen los ojos ribeteados.

JAIME (Que está medio borracho.) Bien hablado, Goliat Veo que para ama seca no tienes precio...

GOL. ¡Bebe y calla! (Sigue hablando al individuo que está en la alcoba.) ¡He dicho que basta de hacer pucheros! ¡Pues señor, vaya una llorera desde anoche! Yo creí que las mujeres no

tomaban tan á pechos la *desgracia* de que las robe un galán.

JAIME Ya lo echaste á perder, compadre.

GOL. Tienes gracioso el vino. ¡Vaya, más vale así!

JAIME Mira, déjate de sermones y, sobre todo, no te metas en lo que ni te va ni te viene. ¿Que llora? ¡Pues que llore! Mejor. Si habla ha de ser para llamarnos por lo menos canallas.

GOL. (Acercándose á la mesa.) ¡Ver á una mujer llorar me saca de quicio, qué quieres!

JAIME Haz lo que yo, no lo veas. Nuestra obligación es guardarla. Pues cumplamos nuestra obligación y en paz y bebiendo. Anda, ven á charlar un rato con estas buenas muchachas, (Por las botellas.) que aunque se suben á la cabeza, no hacen tantos dengues y son del primero que las echa mano.

GOL. (Se sienta.) Tienes razón. Bebamos.

JAIME (Brindando.) ¿Por quién brindamos?... ¡Ah, sí! Por el señor ingeniero, que buena gloria goce...

GOL. (Da un golpe fuerte con la copa, haciéndola añicos, sobre la mesa y se levanta descompuesto.) ¡Jaime! ¡No aguanto esas bromas! ¡A los muertos se les respeta!... ¡Si estás borracho, la duermes y en paz! ¡Imbécil! (Paseándose preocupado.) Recordarme ahora...

JAIME (Con la pesadez de la borrachera.) Cuenta... ¿Cómo le despachaste?

GOL. Cara a cara. Me hizo frente, disparó sobre mí primero y no le dí tiempo á más. ¡Le maté de hombre á hombre! El duelo fué desigual, la ventaja y la razón suyas, pero hice carne el primero y eso fué todo... (Señalando á la derecha.) ¿Dormirá?

JAIME Es lo mejor que puede hacer. Así podrá soñar con su Rafael de su alma. Estará el mozo, después de haber leído la cartita de su adorada, que verá visiones...

GOL. ¡La partida no ha estado mal jugada! ¡Lo que es el amo lo entiende! Pero te juro, como me llaman Goliat, que más comisiones de éstas no acepto. Esa chiquilla se nos va á morir de hambre...

JAIME Cuando la apriete, comerá como una descosida. ¡Ya lo verás! Mientras tanto aprovechémonos, que platos de estos y bebidas como estas no son para todos los días.

GOL. Ese canalla de Ledrán tiene más suerte que nosotros.

JAIME ¿Pues qué hace?

GOL. Guardar al padre de la muchacha.

JAIME ¿Dónde está el abuelo Andrés?

GOL. Desde anoche en el castillo de su futuro yerno, allá en Bretaña.

JAIME ¿Y secuestrar al viejo para qué?... Cuéntame eso. (Bebiendo.) ¡A la salud del papá Andrés, nuestro maestre!

GOL. Poco tengo que contar. Cerrada por la autoridad la fábrica, el viejo se encontró en mitad del arroyo, sin su sobrino que pereció al oponerse á la huelga, sin hija que se le fué con uno, y sin trabajo. Entonces se le presentó el Marqués y no sé cómo le convenció de que el raptor de su hija sería algún hombre poderoso. Si denuncia usted el hecho —le dijo—con la carta que ella ha dejado...

JAIME Claro, se hubieran reído en sus barbas.

GOL. Total, que le ha hecho creer que escondiéndose sin dar señales de vida, el raptor se confiará y podrá él sorprenderle mejor, volviendo á la hija á sus amantes brazos.

JAIME ¿La va á buscar él? ¡Pues mira, puede que la encuentre! Porque la chiquilla charlará todo á su padre...

GOL. ¿Y qué le podrá decir? ¡Lo mismo que el Marqués! Hay comedia ensayada y...

JAIME ¿Comedia? Cuenta, cuenta.

GOL. Acto primero. Se presenta aquí el Marqués á salvarla de nosotros, dos miserables pagados por el raptor que es un miserable más.

JAIME ¡Es simpático el papel que nos han repartido! Sigue.

GOL. Acto segundo. Lucha con nosotros (Riéndose siniestramente.) ó nos ha narcotizado con el vino de esas botellas...

JAIME (Con espanto.) ¡¡Qué dices!! (Levantándose.) ¿Este

vino?... ¿Qué tiene este vino?... (Comienza a temblar.)

GOL. ¡Já, já, já! ¡No eres tú cobarde que digamos! Un narcótico inofensivo.

JAIME ¿Me aseguras que se trata sólo de un sueño ó es que quieren librarse de nosotros? ¡No sé por qué temo! Pero .. (Recordando.) ¡Tú no has bebido!... ¿Por qué no has bebido?... ¡¡Sí, eso es!!... ¡Me habéis sentenciado!... ¡¡Caín!!... (Se arroja sobre Goliat cogiéndole por el cuello.) ¡Por eso no te lo has llevado á los labios!... (Goliat se defiende y luchan.) ¡Pero no te vale! ¡Tengo para tí!... (Busca en su bolsillo un arma, deteniéndose á la voz imperiosa de Jacobo que aparece por la segunda izquierda.)

ESCENA II

DICHOS y JACOBO, vestido como en el prólogo

JAC. ¿Qué sucede aquí?... ¡Jaime!

JAIME Señor...

JAC. ¡Si estás borracho, vete á dormirla!

JAIME Es que este vino. .

JAC. ¡Se te ha subido á la cabeza! ¡Sal de aquí!

JAIME (Tambaleándose.) Este me ha dicho... que...

GOL. (Empujando á Jaime.) ¡Duerme, Jaime!... ¡Duerme tranquilo! ¡Yo te despertaré mañana!. .

JAIME (Mirándoles con estúpida expresión.) Es que... (Pausa. Cae sobre una silla. Jacobo y Goliat le dejan hacer, impasibles.) (¡No sé qué siento!... ¡Esta pesadez!... ¡Oh, si me hubiesen...! ¡Por librarse de mí!... ¡¡No!! ¿Por qué he de creer?... ¡Qué estupidez!...) (Se levanta.) ¿Manda algo el amo?

JAC. Nada. (Con acento siniestro.) ¡Que descanses!...

JAIME (Pasándose las manos por los ojos.) ¡La puerta! ¡No veo la puerta! ¡Ah! ¡Sí! ¡Esta es! Buenas noch... (Mutis primera izquierda, vacilando. Dentro, con voz ahogada.) ¡Eh! ¡Qué es esto! ¡Me ahogo! ¡Me a... bra... so!... (Se oye caer pesadamente el cuerpo.)

ESCENA III

DICHOS, menos JAIME

GOL. (Con voz ligeramente trémula.) ¡Está usted servido!

JAC. ¡Un borracho! ¡Terminaría por perdernos! Los muertos no hablan.

GOL. (¡Pobre Jaime!)

JAC. Toma y aprende. (Dándole dinero.) ¡Con el vicio soy inexorable! ¿Y la marquesa?

GOL. (Tomando el dinero y arrojándolo sobre la mesa.) ¡Sigue firme en no querer comer! ¡Sufre... y llora! ¡Pobre mujer!

JAC. ¡Calle! ¿También tú tienes corazón? (Ríe.) (¡Peor para ti!)

GOL. (Escuchando.) Parece que oigo su voz.

ANA (Dentro.) ¡Padre mío! ¡Rafael de mi alma!

JAC. ¡Ella, sí!

ANA ¡Protegedme, Dios de los cielos! ¡Piedad para mí!

JAC. ¡Viene! ¡Que no me vea! (Mutis segunda izquierda.)

ESCENA IV

GOLIAT y ANA, por la derecha

ANA (Se presenta desencajada, con el pelo destrenzado y dando muestras de sufrimientos hondos.) ¿Dónde estoy? ¡Por favor! ¿Qué se pretende de mí? ¿Por qué se me ha traído á esta casa? ¿Quiénes son ustedes, ayer obreros, ahora mis verdugos? ¿Qué misterio es el que me rodea? ¿Qué peligro es el que me amenaza? ¡Hable, hable usted, por compasión! (Goliat baja la cabeza, ocultando su emoción. Pausa.)

GOL. Señorita, tranquilícese. ¡No la hemos de hacer mal alguno! ¿Tiene queja de mí? ¿La he faltado al respeto? ¡No se apene, señorita! Todo esto terminará y será usted feliz, yo se

lo aseguro... Los secuestros por amor acaban siempre por perdonarse y adorar al raptor.

ANA — ¿Pero quién es ese hombre? (Sollozando.) ¡Tengo miedo! ¡Compasión, Dios mío! ¿Quién me salvará? (El Marqués de Villefort aparece por la segunda izquierda.)

ESCENA V

DICHOS y MARQUÉS DE VILLEFORT, elegantemente trajeado

MARQ. — ¡Yo, Ana mía!

ANA — (Asombro y terror.) ¿Usted? ¡Ah! (Mirándole con odio.) Debí figurármelo... ¡Por algo le tenía horror!

MARQ. — ¡Horror, cuando vengo á salvarla!

ANA — (Sonrisa incrédula.) ¿Usted?

MARQ. — ¡Escúcheme, por Dios! Seré breve. (Goliat hace mutis discretamente por la segunda izquierda.)

ESCENA VI

DICHOS, menos GOLIAT

ANA — ¿Y bien?...

MARQ. — Un hombre poderoso, con ese doble poder que da una inmensa fortuna y un alma podrida, fijó sus ojos en usted.

ANA — ¿Su nombre?

MARQ. — No hace al caso. Ese hombre, sin ley ni freno para realizar sus caprichos, comprendiendo que sólo ante la violencia sería usted suya, que jamás consentiría usted en venderse al lujo y á la vanidad, concibió y puso en práctica su secuestro .

ANA — (Sus ojos desmienten á sus labios. ¡Infame!) Continúe su historia...

MARQ. — ¿Para qué, si veo que no quiere usted creerme?

ANA — Si eso fuera cierto, si tan pronto hubiese descubierto mi encierro, padre tengo para venir con usted á sacarme de aquí. Tam-

bién Rafael podría haberle acompañado. ¡Es mi prometido!

MARQ. Quería para mí solo su gratitud. Me atrevía á soñar con que mi acción pudiera llegar á ser por usted recompensada... ¡Loco de mí que mendigo amor y no encuentro sino desconfianza y odio!

ANA Y esos hombres, mis carceleros, ¿cómo le han dejado entrar?

MARQ. Comprando su complicidad. Esa gente no tiene más Dios que el oro, como yo no tengo más ídolo que usted.

ANA (Irónica.) ¿Tanto me ama usted?

MARQ. ¿Va usted á dudar de mi cariño cuando sólo él me ha hecho grande entre las asechanzas de una sociedad inferior? Si por usted afrontaba las caricias de la muerte, ¿no había de ansiar sacrificarme en aras de mi pasión?

ANA (Suplicante.) Señor Claudio... ¿Por qué persigue en mí un ideal que no pueda realizar para usted otra mujer? ¿Soy la única que encuentra digna de su cariño? ¡Pobre de mí que creí sinceras sus palabras al renunciar á un amor que no podía concederle! ¡Necesitan ustedes los hombres buscar el cariño por el camino del odio! ¡Prefieren atormentar á una mujer por el hecho de haber entregado su corazón á otro!... ¡Amo á Rafael, ya se lo dije, y ahora en su poder se lo repito!... ¡Jamás seré suya! ¡Sea usted bueno! ¡Arrepiéntase de lo que hasta ahora ha hecho, no por mí, sino contra mí, y le guardaré un buen recuerdo! ¡Seré su amiga! ¡Su hermana!

MARQ ¡No! ¡Mi esposa! ¡Mi ídolo! ¡Mi alma!...

ANA (Con voz dura.) ¡Su víctima, dígalo de una vez!

MARQ. (Con ardor.) ¡Oyeme, Ana! ¡Vengo á salvarte! ¡A devolverte al cariño de tu padre! ¡A conquistar para mi amor un rayo de esperanza! Pero jamás, óyelo bien, jamás á restituirte á un amor ridículo de niños. No tienes derecho, ni yo después de conocerte he de consentirlo, á unir tu pobreza, mejor tu miseria, otra miseria. Has nacido, por tu hermo-

sura, para brillar ante los ojos del mundo, para gustar sus refinados placeres, para ser codiciada.

ANA Pero, ¿quién es usted, señor Claudio?

MARQ. Soy el octavo Marqués de Villefort.

ANA (Espanto. Retrocede.) ¿Marqués?... ¡Entonces el engaño es mayor! ¡Me ha mentido usted! ¡Ha mentido á mi pobre padre! ¡Eso es infame, sí, infame!

MARQ. ¿Necesito ser un miserable, un nadie, para quererte?

ANA ¡No! Tener un corazón como el de mi Rafael, que es todo mío, sin doblez, sin disimulo... Un corazón formado en el arroyo, al aire libre...

MARQ. ¿Renuncia usted al bienestar, á la riqueza, conmigo, por la miseria con ese hombre?

ANA Sí. Nunca seré suya. ¿Lo oye usted? ¡Jamás! ¿Por qué se ocupa usted de mí? Yo no tengo esos deseos de lujo y esplendores. ¿Por qué trata usted de despertar en mi alma esas ideas desconocidas para mí? ¿No hay mujeres en su sociedad más hermosas, más instruídas, más elegantes? ¡Devuélvame la libertad! Ya sabe usted que me detiene contra todo derecho. (Cruza las manos implorando.) ¡Déjeme marchar con los míos! ¡Pronto me olvidará usted!...

MARQ. (Apasionado.) ¡Qué hermosa eres! ¡Te amo! (Quiere abrazarla.)

ANA ¡Apártese! (Retrocediendo.) ¡Señor Marqués, es usted un miserable!

MARQ. ¡Insúltame! ¡Estás en tu derecho! ¡Pero en tus labios adoro hasta el insulto!... ¡Quiero que seas mía!... ¡Es necesario! (Avanzando.)

ANA ¡Atrás! ¡Respéteme, ya que dice que me ama! (Retrocediendo entra en la habitación de la derecha.)

MARQ. (Febril.) ¡Mía! ¡Aunque el infierno se oponga! (Avanza hasta penetrar violentamente en la habitación.)

ANA (Dentro.) ¡Atrás!

MARQ. (Sale retrocediendo, tambaleándose. Con las manos se tapa el rostro.) ¡Oh! ¡Me ha escupido en la

frente! ¡Misera..! (Dominándose con un esfuerzo violento.) Salga usted, señorita. (Ana sale temblorosa.) Hablemos fríamente. Usted lo quiere. ¡Sea!

ANA (¡Qué tormento! ¡Dios mío, ten piedad de mí!)

MARQ. Si no la necesitara á usted para vivir, después del ultraje que acaba de inferirme, la abriría la puerta y la dejaría marchar con los suyos, con la canalla... ¡Pero no! ¡La necesito á usted! ¡No pierda por lo tanto una sola palabra de lo que voy á decirla! ¡Su raptor... soy yo!

ANA ¿Por amor?

MARQ. Por amor, sí... ¡Y será usted mía!

ANA ¡Tengo todavía amigos! ¡Ellos me defenderán!

MARQ. ¿Quiénes? ¿Los obreros? ¿Dónde están?... La fundición ha sido destruída por ellos. A sus manos ha muerto el ingeniero. En cuanto á Rafael, la cree á usted estremecida de placer y de amor en los brazcs de un amante... entregada al lujo.

ANA (Espanto.) ¡Ah, miserable!... ¿Ha hecho usted eso?

MARQ. Yo no, aunque es lo mismo. Mi ángel malo.

ANA Pero mi padre... ¿Dónde está mi padre?

MARQ. En mi poder. No tema usted por él...

ANA (Aterrada.) ¿Cómo? ¿Secuestrado también?

MARQ. El me responde de usted... Como sobre todo esto, la amo con pasión, con locura, quiero que un día borre con un beso de sus labios la injuria que me ha inferido hace poco. ¡No lo olvide usted!

ANA Le odio. Le odio á usted con toda mi alma.

MARQ. Cuanto más me lo dice, más la adoro.

ANA Preferiría su odio.

MARQ. Ana, téngame compasión.

ANA La que me tiene usted. ¿Qué se propone hacer de mí?

MARQ. He resuelto salir esta noche de París.

ANA ¿Y á dónde me lleva usted?

MARQ. A mi castillo de Morvan. Allí es donde se celebrará nuestra boda dentro de ocho días.

ANA (*Sonriendo irónica como dudando.*) Tendrá usted estudiado ya el modo de obligarme...

MARQ. Para evitar cualquier rebeldía, cualquier tentativa de fuga de su parte, oiga usted los medios conque cuento. En Morvan encontrará usted á su padre.

ANA ¿A mi padre?

MARQ. La espera á usted. El es quien arreglará nuestro matrimonio.

ANA ¿Mi padre? Cuando sepa quién es usted...

MARQ. ¿Saberlo? ¿Por quién? ¿Por usted? Estoy seguro de que usted no querrá que suceda una desgracia. Su padre tiene toda su confianza puesta en mí; está persuadido de que la busco á usted, y yo me propongo demostrarle que la he encontrado, no sin correr grandes riesgos.

ANA Le diré la verdad, toda la verdad.

MARQ. La repito que no hará usted eso. Escúcheme usted, Ana. En el instante que su padre sepa una palabra de esto que ha pasado, es hombre muerto. Si se niega usted á ser mi esposa, prepare los trapos de luto, su padre dejará de existir. En mi castillo, un hombre de toda mi confianza, mío, tan totalmente mío, que su libertad y hasta su cabeza dependen de una sola palabra de mis labios, no se aparta de su lado. Cuando estemos allí, su vigilancia será más extremada. Créame usted. Será usted mi esposa aun cuando se presentaran todos los suyos á salvarla. Su intervención sería inútil. Así, pues, de usted y sólo de usted depende que su padre viva ó muera.

ANA Quiere usted aterrarme... Eso no es posible que lo haga nadie... Ni aun usted. ¡Sería ya demasiado!

MARQ ¿Demasiado? Juzgue usted... (*Se dirige al balcón del foro, suelta la barra de hierro y abre las maderas. Se ve una calle importante. Penetra la luz del día.*) Este piso está á dos metros de la calle. La calle es céntrica. Dé usted un grito, acudirá gente, la autoridad después, me prenderán. ¡Usted se verá libre, pero huérfana! Mañana

al no llegar á mi castillo á la hora que nos esperan, su padre morirá. (Mostrándola el balcón.) ¡Usted manda!

ANA (Corre al balcón anhelosa y súbitamente se detiene con la mano sobre los hierros.) (¡Qué tormento! ¿Por qué vacilo?... ¡Ahí está la libertad, la vida, mis ansias, mis ideales! Pero... ¡Mi pobre padre!... ¡El amor de mi raza!... ¡La voz de mi sangre!... ¡Oh, qué crueldad!... ¡No quiero!... ¡No puedo!... ¡Qué suplicio, Virgen mía, qué tortura!) (Se retira del balcón temblorosa.)

MARQ. (Que la ha observado, cruzado de brazos.) ¿Pues ..? ¿No quiere usted perderme?

ANA (Con voz ahogada.) ¿Y me interroga usted?... ¡No!...

MARQ. Gracias. Estoy satisfecho de usted. (La besa una mano.)

ANA ¡Me ahogo!... ¡Esto es una infamia!... ¡Oh!... (Tambaleándose.) ¡Dios mío, Dios mío!... ¡Qué mi... se... ra... bles! (Cae desmayada en brazos del Marqués que acude á sostenerla.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y JACOBO, por la segunda izquierda

JAC. ¡Mi enhorabuena, Marqués! ¡Muy bien jugado!

MARQ. A infame me ganarán pocos. Aquí tiene usted á esta pobre criatura, nuestra víctima. ¡La hazaña es digna de nosotros!

JAC. Y ese desmayo muy oportuno. ¿Puede usted con ella, ó la tomo en mis brazos?

MARQ. ¡Yo! (¡Pobre Ana!)

JAC. ¡El coche nos espera! ¡Marqués, los millones son nuestros! (Le señala la puerta. El Marqués se dirige á ella llevando á Ana en sus brazos.)

TELON

ACTO TERCERO

Un casamiento á viva fuerza

La decoración del prólogo, pero restaurada, amueblada de nuevo y con mucho gusto y riqueza. El ventanal con vidrieras nuevas con flamantes escudos. Sobre un precioso centro, en forma de velador con espejo, una porción de estuches de joyas Es de día.

ESCENA PRIMERA

ANA, MARQUÉS DE VILLEFORT, MODISTO, DONCELLA y UN CRIADO. El Modisto va sacando de grandes cajas varios trajes, el blanco de boda y otros riquísimos, cuyo uso se indica en el diálogo. Pone uno en manos del Criado, otro en las de la Doncella, otro lo muestra él, hay algunos más extendidos por sillas y butacas

MARQ. ¿No ha sido posible terminar todo el equipo?

MOD. Con la premura que lo ha encargado vuecencia, imposible hacer más. Nuestras obreras, las primeras de París, han trabajado día y noche. Vea la señorita el traje nupcial, parece que no lo han tocado manos, sino de ángel; la aplicación es de perlas, la guirnalda de azahar tiene rocío de diamantes, el velo es finísimo encaje de Bruselas, trabajo de hadas... (Otro.) Traje sencillo que deberá ponerse la señora para el viaje que seguirá á la ceremonia. De paño, corte inglés; el paño es finísimo; no dará calor á la

señora... (Otro.) El de baile, único de los seis encargados por su prometido, el señor Marqués, que ha podido hacerse. Encajes y flores realzan la riquísima tela. Descote cuadrado. Tiene cuerpo sin descotar por si al principio lo prefiere así el señor Marqués.

MARQ. (A Ana.) (Perdónele su charla en gracia á su exquisito gusto.) (Ana se encoge desdeñosamente de hombros.)

MOD. (Al Criado que tiene cerca.) (¿Es boda de amor?)

CRIADO (Al Modisto.) (Sí, señor.)

MOD. (¡Cualquiera lo diría!) Traje más serio para las visitas... (Otro.) Otro para la Opera... (Otro.) El de recepciones...

ANA Basta.

MOD. (Es una futura como no he visto otra.) (Recoge cuidadosamente los trajes.) ¡A los pies de la señora Marquesa! (Hace una profunda inclinación y sale por la derecha, seguido de la Doncella y el Criado.)

ANA (Con fiereza, mirando al Marqués.) ¡Todavía no!

ESCENA II

ANA y el MARQUÉS DE VILLEFORT

MARQ. Ana, ¿se rebela usted?

ANA ¿Para qué, si sería inútil? ¡Me sacrifico nada más!

MARQ. Vea ahora sus joyas.

ANA Es inútil. No las he de usar.

MARQ. (Abre los estuches, dejándolos en situación junto al espejo. Se supone que un rayo de sol, filtrándose entre los cristales del ventanal, cae sobre las joyas.) (¡Oportuno rayo de sol!) Un momento, señorita. (¡Ya hará su efecto!) Voy á dar unas órdenes. (Sale derecha y queda observando detrás de un tapiz.)

ANA (Se acerca despacio, pero con alguna curiosidad, al velador.) ¡Diamantes! ¡Ah, Dios mío, qué hermosas piedras! ¡Las perlas, sobre todo las perlas! Mi Rafael me tenía ofrecido un collar. ¡Falsas, claro! ¡No como estas! ¿Me estarán bien? ¡Dicen que adornan tanto, que

favorecen! (Pausa.) Después de todo, ¿no tengo derecho para usarlas, puesto que soy rica? ¡Rica! ¡Esa es mi desgracia! (Se pone una diadema y se mira al espejo.) ¡Qué hermoso es esto! (Casi complacida.) ¡Y qué bien me sienta! (El Marqués ha avanzado silenciosamente, y ella, al verle reflejarse en el espejo, da un grito.) ¡Infame! ¡Me espiaba! (Se despoja del prendido y lo arroja á los pies de él.) ¡Jamás me verá usted usar esas joyas!

MARQ. (¡Quién sabe!) Lo sentiría, porque está usted encantadora con ellas.

ANA Su presencia me es odiosa, y debiera usted, por lástima no más, evitarme ese martirio.

MARQ. Debe usted acostumbrarse, Ana, puesto que hemos de vivir uno al lado del otro en lo sucesivo.

ANA ¡No! ¡No es eso posible! ¡Semejante crimen no puede Dios consentirlo!

MARQ. (Con arrogancia.) Dentro de muy poco será usted mi esposa, y, créame ó no me crea, cada día la amo más, cada hora la encuentro más hermosa. Sí, amo á usted, y hasta olvido mis proyectos ambiciosos, mis deseos de fortuna, mis delirios de grandeza... ¡Mi amor no se ha detenido ni ante el crimen; ya ve usted cómo la querré! ¡Míreme, aunque sea para insultarme con la mirada, pero míreme! (Cae de rodillas ante ella.)

ANA (¿Tendrá este hombre su castigo en su propia falta? ¡Ah, si llegara á ser verdad, quizá fuera mi salvación!) (Se acerca á él.) ¿Puedo creer que no miente usted ahora? ¡Si fuera verdad lo que dice, no me sacrificaría usted! ¿Por qué torturarme como me tortura?

MARQ. ¡Ana! Mi crimen ha sido anterior al amor. Ahora que veo que usted ya no puede amarme... ¡Oh! Si me atreviera á creer que el tiempo la hiciera olvidar... Si probase que no soy tan criminal como parezco... Que al codiciar su fortuna cedí á un movimiento egoista de vida... Si pudiera reconstituir la terrible escena... Aquí, en esta misma sala, condenándome yo mismo á muerte... Fue-

ra mis criados insolentándose con su antiguo amo y haciendo intolerable mi pobreza... Abajo, en el patio, la justicia pregonando en pública subasta hasta los juguetes ya olvidados, pero que á su aparición me trajeron oleadas de recuerdos de la niñez, la voz acariciadora de mi madre... ¡Después... nada! La vida pasada alejándose, la futura tenebrosa, preñada como una nube amenazadora de desprecios... La voz del cielo estallando en truenos horrorosos sobre mi cabeza... El relámpago dando animación y vida momentánea á esos retratos, sobre todo á ese, al de mi padre... El vértigo apoderándose de mí... La locura del vivir clamando hasta por la condenación eterna... Y ese hombre, mi demonio, mi ángel siniestro, haciéndome suyo.. (Transición de la amargura á la pasión, levantándose y tomándola una mano.) ¡Ana, mi prometida, mi salvación, mi ángel, abandonemos esas riquezas que son causa de todo! ¡Huyamos con su padre de usted, lejos, muy lejos! ¡Donde usted no pueda sufrir miseria porque la ahuyente yo con mi trabajo!

ANA ¡Deje partir á mi padre, déjeme marchar libremente con él, y olvidaré!...

MARQ. ¿Pero llegaría usted á amarme?

ANA (Separándose.) Eso... ¡Jamás!

MARQ. ¡Un poco, muy poco de amor, la esperanza de él tan sólo, cambiaría mi vida!

ANA (Fríamente.) Ya sabe usted que amo á otro.

MARQ. ¡A Rafael! ¡No me lo nombre! ¡Soy capaz de matarle!

ANA Se defendería. ¡Es valiente!

MARQ. (Haciendo un violento esfuerzo para dominarse.) ¡Usted puede impedir que me encenague en el crimen, que encuentre placer en él! (Con calma fría.) Mire usted, tengo su vida en mis manos y la de su padre; tendré si me lo propongo la de Rafael. Reflexione usted... y haga de mí lo que quiera: honrado ó miserable, bueno adorándola, ó malo adorándola también...

ANA Por salvar á mi padre, porque le creo á us-

ted capaz de todo, he consentido en ser su esposa... Pero mi amor, ¡no! ¡No lo tendrá usted jamás! ¿Lo oye usted? ¡Jamás! ¡Mi odio mientras tenga una palabra para decírselo, una mirada para revelárselo!

MARQ. Usted lo habrá querido. ¡Vea usted que yo tampoco vacilo ya! (Apoya un timbre dos veces.)

ESCENA III

DICHOS y LEDRÁN por la derecha

LED. Señor...

MARQ. ¡Ledrán! ¿Qué misión única tienes en el castillo?

LED. Vigilar al padre de la señora...

MARQ. ¿Tu libertad y tu vida de quién dependen?

LED. De una palabra de vuecencia.

MARQ. Por evitarla, ¿de qué eres capaz?

LED. (Siniestramente.) ¡De todo!

MARQ. Si huye el hombre que debes vigilar...

LED. ¡Le mataré!

ANA (Cubriéndose la cara con las manos.) ¡Jesús!

MARQ. Si su hija le revela la verdad...

LED. ¡Le mataré!

MARQ. ¿Y si la señorita trata de huir ó pide auxilio?

ANA ¡Basta, basta! ¡Miserables!

MARQ. (A Ledrán) ¡Vete! ¡Espera! ¿Quién está con el señor mientras estás aquí?

LED. Mi compañero Avelot.

MARQ. ¡Está bien! (Ledrán vase por la derecha.) ¡Ana, no olvide usted lo que ha oído! Ahora, calma. Está aquí su padre.

ESCENA IV

ANA y MARQUÉS DE VILLEFORT. ANDRÉS SOUVESTRE por la izquierda

AND. ¡Felices, señor Claudio! No me acostumbro á llamarle de otro modo. (Ve á Ana secarse di-

simuladamente los ojos.) ¿Qué es lo que tienes, hija mía? ¿Lloras?

ANA (Sonando la voz á lágrimas.) Lloro, sí, padre, lloro, pero ¡es de alegría! (Rompe á llorar.)

AND. (Receloso, mirando á los dos) ¿Qué me ocultas? ¿Es que no te agrada...? ¡Perdóneme, señor Marqués!

MARQ. Cuéntele, Ana, cuéntele á su padre lo que hablábamos. Recordaba á su madre... Yo á los míos...

AND. ¿Amas á tu prometido? Dímelo, ¿le amas?

MARQ. (Con impaciencia mal disimulada.) ¿No se lo ha dicho ya?

AND. Dilo ahora, hija, ahora...

MARQ. (Imperioso.) ¡Ana, dígalo!

ANA ¡Sí... sí... le amo!...

AND. (Convencido.) En ese caso, ¡vaya una desgracia! ¡Quiérele mucho, hija mía! ¡Es una deuda la que hemos contraído con él que sólo tu amor puede pagar!

MARQ. Les dejo solos... (¡Era tiempo de que hablasen! ¡Pobre Ana!) (Mutis derecha.)

ESCENA V

DICHOS, menos MARQUÉS DE VILLEFORT

AND. Prepárate ahora á reirte.

ANA (Tristemente.) ¿A reirme?

AND. Te voy á contar una aventura... Pero antes voy á regañarte mucho... mucho.

ANA ¿A regañarme?

AND. Sí, mucho. ¿Con que allá abajo, en la fundición, engañábamos al abuelo? ¿Teníamos novio á espaldas del viejo? Y el novio era. .

ANA ¿Lo sabe usted?

AND. Me lo acaba de charlar él mismo.

ANA (Arranque pasional.) ¡Él! ¡Rafael!... Mi... (Transición. Mira asustada las puertas.) ¡Pobre Rafael!

AND. Sí, le he visto, ahí, en la posaducha esa del camino...

ANA (¡Aquí cerca... á mi lado! ¡Oh, Dios mío, no

me dejes entrever un rayo de esperanza... si has de quitármela!)

AND. ¡Pobre chico! Está loco...

ANA (Irreflexivamente.) De pena, sí, de desesperación... ¿Qué dice de mí?

AND. ¿No te digo cómo está? ¿Pues qué ha de decir? ¡Locuras! Ya ves, vienen con él dos que ese buen Ledrán, que ha presenciado todo, me lo ha dicho después: los dos que vienen con él son, ¡claro! loqueros.

ANA ¿Lo ha oído todo ese Ledrán?

AND. ¡Toma, á la fuerza! Criado más criado... No se despega de mí... Gracias que es divertido y que nos tratamos como dos camaradas, que si no, no sufría yo tanta servidumbre...

ANA (Con desaliento.) (¡Lo ha oído todo! ¡Ya lo sabe el Marqués!)

AND. Que el Marqués es esto, lo otro y lo de más allá... ¡Locuras! Que te ha robado él y que á mí me tiene secuestrado... ¿Ves qué loco? ¡Secuestrado yo! ¡Ríete, mujer, ríete conmigo! Que ha denunciado al Marqués... Y parecía indicar que los dos que le acompañan son agentes de la Prefectura.

ANA ¡Agentes! ¡Denunciado! ¡Siga, siga, padre mío!

AND. ¿Pero es que te interesa?

ESCENA VI

DICHOS y MARQUÉS DE VILLEFORT, por la derecha

MARQ. ¡Querido padre! ¡Salga un momento! Vienen á verle... (¡He llegado á tiempo!)

AND. ¿A mí? ¡Voy, voy! (Mutis derecha.)

MARQ. (Acompañándole hasta la puerta.) ¡Ledrán! ¡Avelot! ¡Acompañad al señor!

ESCENA VII

DICHOS menos ANDRÉS. En seguida UN CRIADO

MARQ. (Volviendo al lado de Ana.) ¡Ana, prepárese á la prueba decisiva! No necesito decirla que ahora más que nunca la vida de su padre depende de usted.

ANA ¿Ahora? ¿Y por qué ahora?

MARQ. Porque tenemos visita en el castillo. (Al Criado, que se presenta en la puerta lateral izquierda.) ¡Que pasen esos señores! (Vase por la izquierda el Criado.)

ANA Pero...

MARQ. Ahora los verá usted. ¡Calma! ¡Y acuérdese de su padre!...

ESCENA ULTIMA

ANA y MARQUÉS DE VILLEFORT. RAFAEL, ARMANDO y DELARBRE, por la izquierda

RAF. (Entra como loco.) ¡Por fin te encuentro, miserable Claudio!

ANA (Le tiende los brazos.) ¡Rafael!

RAF ¡Ana! ¡Ana mía!

MARQ. (Pasa disimuladamente entre los dos, quedando en medio para impedir que se acerquen. Burlón.) No esperaba esta visita, señores, pero no por eso el amigo Rafael y sus compañeros dejarán de ser bien recibidos en mi casa. Tengan la bondad de sentarse. (Armando y Delarbre se sientan.)

ARM. (A Delarbre.) (¡Qué fino es!)

DEL. (A Armando.) (¡Marqués al fin!)

MARQ. (A Rafael.) Hable usted.

ANA (¡Mi padre! ¡Si ahora estuviera aquí mi padre!)

MARQ. ¿Ha invitado usted á estos señores á asistir

á mi boda? Voy á dar las órdenes para que les preparen habitación.

ARM. (Levantándose) ¡Tanto honor!

DEL. (Idem.) Señor Marqués... (Se sientan los dos otra vez)

RAF ¡Basta de ironías! ¡Acabe la comedia! ¡Ya sabe usted á lo que vengo! Estos señores son agentes de la policía á mis órdenes.

ARM. (Al Marqués, levantándose.) Y á las del señor.

DEL. (Idem.) Mande vuecencia. (Vuelven á sentarse.)

MARQ. ¿Qué quieren ustedes?

RAF ¿No lo adivina usted?

MARQ. No tengo qué adivinar...

RAF. (Con fuego.) Usted ha urdido contra Ana una infame intriga. Usted sabe que esta joven es heredera de una inmensa fortuna, que usted codicia, y por eso se ha apoderado de ella. ¿A qué amenazas obedece su silencio?... (A Ana.) Hemos venido á salvarte y á salvar á tu padre.

MARQ. (Encogiéndose de hombros.) Está usted loco. ¿Qué historia es esa que me cuenta? ¿De dónde ha sacado usted que me he apoderado de...? Ana me ha seguido libremente y del mismo modo se casa conmigo: por su voluntad.

RAF ¡Mientes! ¡Mientes!

MARQ. (A Armando y Delarbre.) A ustedes me dirijo, señores. La presencia del señor Andrés en mi casa y cerca de su hija, es la mejor prueba de lo que digo. ¿Rodea misterio alguno á mi matrimonio? Todo el mundo lo sabe. ¿Cuándo me he ocultado? ¿En París? Lean ustedes los periódicos.

ARM. Es verdad.

DEL. ¡Claro como la luz del día!

RAF. ¡Habla, Ana, confunde su cinismo, acúsale tú que puedes hacerlo!

ANA (Desesperada, retorciéndose las manos.) ¡Mi padre! ¡Busca á mi padre!

MARQ. Sabe usted, querida Ana, que ha salido hace un momento. *Va bien acompañado.* ¡No tema por él! Ahora, tenga la bondad de contestar á este hombre. Dígale que no necesita

usted su gratuíta protección, que tiene usted la mía, la del hombre elegido por usted y cuyo nombre va usted á llevar con orgullo.

RAF. ¡Ana, lanza sus crímenes al rostro de este hombre!

MARQ. ¡Ana, dígales que va usted á ser mi esposa y que en serlo estriba su felicidad!

RAF. ¡Pero, habla, por Dios, Ana!

MARQ. ¡Hable, Ana! ¡Es necesario! ¡Lo exijo!

ANA (Con los brazos caídos, demuestra hallarse en una lenta agonía.) Debo hablar... Hablaré cuando mi padre esté presente.

MARQ. Comprendo que desee usted su presencia y lamento que no esté aquí, porque esto hubiera dado más solemnidad á las declaraciones que va usted á hacernos. (Mirándola con insistencia.) Hable usted. (Consulta su reloj.) Deseo que estos señores estén fuera de aquí antes de cinco minutos. ¿Me oye usted, Ana? ¡Antes de cinco minutos!

ANA (¡Qué suplicio!) (Pausa.) No sé lo que debo responder. ¡Que me pregunten! (Momento de ansiedad. Armando y Delarbre se han levantado, acercándose. Marqués y Rafael la miran con anhelo.)

RAF. ¿Qué vas á declarar? En las palabras de este hombre adivino una amenaza... ¿No estamos aquí para defenderte? No, no es posible que digas... Te obligan á mentir.

ANA ¿Quién habla de amenazas?... ¡Nadie está aquí contra mí! ¡Nadie!... ¡Soy libre y puedo hacer cuanto quiera!

RAF. ¿Te atreverás á responder á todas mis preguntas?

ANA Responderé... á todas.

RAF. ¿Te atreverás á decir que ese hombre no se ha apoderado de tí á viva fuerza?

ANA (Hace un violento esfuerzo. Voz apagada.) ¡No!... Le he seguido por mi propia voluntad.

RAF. ¿Serás capaz de confesar que le amas?

ANA (Rebelión.) ¿Yo? (Aplanamiento.) ¡Sí... yo... le... amo!

RAF. En ese caso, confiesas que no me quieres, ¡que nunca me has querido!

ANA Sí, mentí... ¡No te he querido jamás!...

RAF. Entonces, ¡eres una mujer despreciable, infame!

ANA (Como un eco.) Eso es, soy una mujer despreciable, ¡infame!

RAF. Vuelve en tí. ¡Escúchame! ¡Ven! ¡Mírame, Ana! (La quiere tomar las manos. El Marqués se lo impide.)

MARQ. ¡Caballero! ¡Es mi prometida! Además, esta escena dura ya demasiado y creo que mi complacencia...

RAF. ¿Serás su esposa?

MARQ. ¡Dígalo ya de una vez, Ana!

ANA ¡Sí, seré su esposa!

RAF. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué es lo que veo en ella? (A Armando y Delarbre, con fiereza.) ¡Detengan ustedes á ese hombre! ¡Le acuso!.. ¡Le acuso! (Armando y Delarbre, sugestionados por la acometividad de Rafael, avanzan hacia el Marqués que sonríe tranquilo. Ana le cubre con su cuerpo.)

ANA (Arranque de miedo que puede confundirse con arranque de pasión.) ¡Detenerle!... ¡No! (Armando y Delarbre se miran haciendo un gesto lastimero y retroceden. Marqués triunfa.)

RAF. (Se aparta de Ana, mirándola con desprecio.) Ana, sabía que eras rica y no me hacía ilusiones Te había perdido para siempre, pero rica ó pobre te amaba. ¡Ya.. todo es inútil! ¡Adiós! (Mutis izquierda. Armando y Delarbre detrás, después de inclinarse profundamente ante el Marqués.)

ANA (Extendiendo los brazos hacia la puerta por donde salió Rafael. Grito de pasión.) ¡Rafael! ¡Mi Rafael! ¡A tí solo!... ¡Ven!

MARQ. (Tomándola una mano y estrechándosela) ¡Gracias, señora Marquesa!

TELON

ACTO CUARTO

El beso de la Marquesa

Habitación decorada con lujo, habilitada como salón de paso durante una recepción, abierta en el fondo y dejando ver por una gran puerta en arco otro salón, igualmente amueblado, que hace contraforo al primero. Este último salón tiene puerta en el fondo. En el primer salón hay una «chaise-longue» al proscenio derecha, otra al proscenio izquierda, una mesita pequeña con recado de escribir y algunos diarios y revistas en el centro; á su lado dos sillas; macetas grandes con plantas raras; en los ángulos columnas sustentando estatuas; profusión de luces eléctricas con bombillas de colores de modo que la escena aparezca suavemente alumbrada, etc., etc. Puertas laterales en ambos salones: se utilizan sólo las del primero. Es de noche. Al levantarse el telón se oyen dentro los últimos compases de un vals.

ESCENA PRIMERA

En el foro un grupo formado por JACOBO, BARÓN DE CHANTELLE, viejo verde; VILLEMESANT, tipo de hombre de ciencia reflexivo; PABLO RENARD, joven elegante, y LEPINARD, poeta melenudo y enfático. Cuídese bien la presentación de este raro conjunto

JAC. — Señores. Aquí se acerca la feliz pareja.

BARÓN — El ave fénix de los matrimonios.

PAB — Los afortunados dueños de esta mansión.

LEP. — La Marquesa Ana. La dama blanca. Delicada flor á quien el tálamo no privó de su

aroma... ¡Inocente lirio de un jardín de amor!...

JAC. (Burlándose.) Paso, señores, paso á la nobleza trayendo de su brazo á la hermosura. (Se abren en dos filas para dejar entrar en escena al Marqués de Villefort y á Ana.)

VILL. ¡Dejémosles solos! Se arrullarán como si, en vez de aniversario, fuera este el día de su boda. (Mutis todos menos Marqués y Ana por el foro.)

ESCENA II

ANA y MARQUÉS DE VILLEFORT

ANA ¿Para qué me ha traído usted aquí? Engañado sin duda por las sonrisas con que engaño al mundo, se ha creído ya vencedor.. Ha escogido usted mal el instante. (Impulso de odio.) ¡La fecha de hoy!...

MARQ. (Muy humilde, con voz ahogada.) ¡La fecha de hoy!... La que debiera ser fecha feliz en mi vida... La del día aquel en que ante Dios consentiste en ser mi esposa. ¡Que *sí* dijeron trémulos tus labios! (Con pasión.) ¿Te acuerdas? ¡Qué hermosa estabas aquel día!

ANA Señor Marqués...

MARQ. Perdóname. ¡Te amo!

ANA ¿Cuándo creerá usted...?

MARQ. ¿Que me odias? Nunca. Sería demasiada expiación. ¡Déjame que sueñe con tu amor, déjame que siga mi empresa de redención para purificar mi alma! ¡Juré que sería grande entre los grandes y á tus pies puse el premio de mi grandeza! ¡Juré que deslumbraría al mundo con mi genio y el mundo veneró mi nombre que yo quiero que lleves con orgullo! Ante el sacerdote dijiste *sí*, decidida, heróica. Tenías en aquel instante sobre tu hermosura la del martirio. Te pusiste muy pálida... ¡Angel mío! Y desde que fuí tu señor sentí en mi alma el calor

de otros anhelos más puros. Al verte frente á mí, temblando, me eché á llorar. ¿Recuerdas? Avancé hacia tí y supliqué de rodillas: «¡Dame los azahares de tu pecho!» Me escupiste un mote: «¡Cobarde!» Me alejé y soñé con tu rostro de mármol y con el azahar eternamente fijo sobre tu corazón, creyéndome loco... Esta fué nuestra noche de bodas. ¡Y siempre así!... Ha pasado mucho tiempo. ¡Un año!... ¡Con tu amor quiero ser esclavo, tuyo, siempre tuyo! ¡Virgen mía, esposa mía, reina mía, perdóname!

ANA ¿Perdonar? Así amaba y era yo amada... ¿Tuvo usted compasión para nosotros? ¿Oyó usted que él me llamó «¡infame y miserable!» y desmintió usted aquellos insultos?... Con la amenaza de muerte sobre la cabeza de mi padre, ¿no me arrastró usted al altar?

MARQ. ¡Ana!

ANA Cuando así, humillándome á sus pies, le imploré tanto, tanto, ¿qué hizo usted, Marqués?

MARQ. ¡Te amaba!

ANA ¿Y mi amor?

MARQ. Perdón, Ana.

ANA ¡No, no olvidaré nunca! ¿Lo oye usted? Nunca. Déjeme. (Quiere marcharse.)

MARQ. (Deteniéndola.) ¡Ana! ¡Ana mía! ¡Ven, escucha! (Ella sigue hacia el foro desdeñosa. El hace transición lentamente. Con acento menos dulce.) ¡Señora Marquesa! (Pausa. Ella no le hace caso y sigue.) Señora... (Recobrando sus antiguos bríos. Colérico, soberbio y duro.) ¡Señora! (Ana se detiene.) Que quien habla es su esposo y que un ruego suyo debe ser para usted una orden. (Exaltándose. Ana inclina la cabeza, aterrada.) ¡Yo soy tu señor! ¡Tu esposo! ¡Tu dueño! (La coge las manos, furioso, atrayéndola.) ¡Tú eres mía! ¡Me perteneces ante Dios y ante los hombres! ¿Lo oyes? ¡Dí! ¡Habla! (Ana estalla en sollozos.) ¡Ah! ¿Lloras? (Pausa.) ¿Lloras? (Transición brusca. Humilde y amoroso, y sonando su acento á lágrimas. Con amargura.) ¡Pero no!... ¡Si no puedo!... ¡Si no debo hacerte sufrir!... ¡Ana! ¡Esposa mía! ¡Niña mía! ¡Perdóname! ¡No llores! ¡Puedes

hacer cuanto quieras! ¡Despréciame! ¡Te adoro! (Cae llorando en una silla. Ana va á salir. El levanta la cabeza y la llama) ¡Ana! ¡Ana!

ANA ¿Todavía?... ¡Acabe! (Deteniéndose, desdeñosa.)

MARQ. ¿Qué haría yo por borrar mi infamia?

ANA Tendría usted que arrancarme el corazón y ponerme otro... ¡A ese quizá alcanzase á hacerle latir su genio!

MARQ. ¡Por Dios!...

ANA Sólo él puede perdonarle... ¡Los crímenes sólo los borra la muerte!

MARQ. ¡La muerte! ¿Qué dices? (Con alegría salvaje.) ¿Es que tú deseas que yo...?

ANA ¿Desear? ¡No! ¡Pobre de mí! Déjeme. Adiós.

MARQ. (Tomándola de una mano y trayendola al proscenio.) Déjame hablar... Oyeme... Quizá... ¡Sí! ¡Eso es!... ¿Quién me odia? ¿Quién merece juzgarme, que no seas tú? ¿A quién afrenté sino á tí, con un amor criminal? ¡Sí, Ana, sí, quiero sucumbir en aras de mi pasión!...

ANA Pero... (Le mira con mucha fijeza.) ¡No!... ¡No lo puedo creer!... ¿Usted arrepentido?

MARQ. ¡No merezco ni aun ser creído! ¡Marquesa, he querido evitarlo, pero sea! (Saca un sobre cerrado) Vea usted.

ANA (Con frialdad.) ¿Qué es eso?

MARQ. ¡Léalo! Mi confesión, la de todos mis crímenes. Esta noche, si usted quiere, Jacobo, mi cómplice, dormirá en la esterilidad como una fiera sin garras. Yo ya no seré. (Ana sonríe incrédula.) ¿Quiere usted atender una vez, una sola vez, una súplica mía? (Ella hace signos negativos.) ¡Es para perderme! (Poniendo el sobre en la mesa.) Escriba usted.

ANA (De pie, toma la pluma, desdeñosa, sin convencerse.) Dicte.

MARQ. Señor Procurador general de la República...

ANA (Escribe.) ¿Y bien? (Interrogando.)

MARQ. (Tomando el pliego.) ¡Gracias, Marquesa! (Toca el timbre.)

ESCENA III

DICHOS y UN CRIADO, por la izquierda

CRIADO Señor.

MARQ. (Le da el sobre.) Inmediatamente, á donde dice el sobre.

ANA (Asombrada.) ¡Cómo!

MARQ. (Al Criado) Vete. (Mutis izquierda el Criado.)

ANA Pero si no puedo creer... ¡Qué locura! ¡Déjeme con sus bromas lúgubres! (Conmovida á su pesar, hace mutis por el foro, á tiempo que entra en escena Jacobo que se inclina ante ella respetuoso. Ella no le hace caso.)

MARQ. ¡Oh! ¡Angel mío!... ¡Te amo!

ESCENA IV

MARQUÉS DE VILLEFORT y JACOBO

JAC. (Irónico, con mucho cinismo.) ¡Bien, querido discípulo, bien! ¿Ve usted ese gesto de soberano desprecio? Pues el remedio era este: un hijo; sí, Marqués, un muñeco llorón la domaría. La madre mataría á la mujer. Pero, ¡qué diantre! Como marido es usted tan tímido y mirado... que desconfío ya de usted.

MARQ. ¿Qué quiere usted? No soy de roca.

JAC. ¡Tá, tá, tá! ¡La canción eterna! ¡Pigmalión enamorado de su estatua! ¡Qué tontería, Marqués, qué tontería querer acercarse al sol con alas de cera!

MARQ. Sí, qué suplicio, vivir en una sociedad que me escupe, bajo un disfraz de grandeza que no sé llevar

JAC. ¿Quién le escupe?

MARQ. Todo el mundo. Quien á mi lado habla del crimen del día, quien alude á históricas monstruosidades, los espectros de mis padres que me maldicen, el germen de mi sangre pobre y altiva, todo.

JAC. ¡Conciencia!... ¡La muerte de la virilidad!.. ¡El hombre con terrores de niño!... ¡La mente debilitada por fantasmas, tan pavorosos, que los ahuyenta el sueño! (Cambiando de tono, como para animarle) ¿Qué más quiere usted? Es usted el hombre de moda, el moderno espíritu universal del bien. La política, vieja sirena, caprichosa Circe, le ha llamado con halagos á su seno. Es usted diputado, ha devuelto usted varias veces la cartera con que el país quería probar su poderoso impulso de progreso. En París, en toda Francia, el Marqués Claudio de Villefort, es un justo, un sabio, un amante y caritativo hermano de los suyos, digno de que lo canonicen... Hoy brillan sus salones con el esplendor de una fiesta, celebrando el aniversario de su boda con la mujer á quien ama y celebrando también el que ha sido adornada su levita con la preciada cinta de la Legión de Honor. (Con intención marcada.) ¡Honor! ¡Diga qué más quiere el noble Marqués de Villefort!

MARQ. ¿Que qué quiere? (Sonrisa dolorosa.) ¿No sabe usted que ese hombre poderoso, que ese moderno espíritu universal del bien, que ese *yo*, ahoga ante el mundo un llanto de agonía? ¿No sabe mi ángel malo que vivo sin amor, sin placeres y sin esperanzas? ¿No sabe que bajo mi techo cobijo á un alma adorada que no rimará jamás con la mía? ¿No sabe que tengo al alcance de mis labios el ideal, como suplicio de Tántalo, sin poder hacerlo mío jamás? ¿No sabe que soy un proscripto del poema conyugal? ¿Que jamás sentiré sobre mi pecho el alegre bailoteo del corazón de un hijo, que no podré gozar del orgullo de la creación? Entonces, ¿qué placer cree que me da la vida, si hasta el más sublime goce de la tierra, la caridad, lo practico por amor á mi diosa, á mi Ana, á la que me hace llorar?

JAC. Es usted un niño grande, querido Marqués. Y nadie sino yo tiene la culpa... Le dejo

adormecer en su tibio ambiente de grandeza y, ¡claro! la voluntad sin ejercicio se atrofia...

MARQ. ¿Qué he de hacer?

JAC. Unirse más, mucho más á mí. Quiero asociar nuestros instintos otra vez...

MARQ. ¡Cómo!

JAC. (Bajando la voz.) Muy sencillo. Es usted mi socio y debo darle cuenta de la situación en que nos encontramos.

MARQ. Y eso, ¿ahora, aquí?

JAC. Aquí, en un baile, ante todo París: los secretos tratados así, á nadie se lo parecen. Y como ocasión, ésta es la mejor para recordarle que á pesar de lo alto que usted se ha colocado, todavía me pertenece.

MARQ. (Humillado.) ¿Qué quiere usted decirme?

JAC. A eso voy. Sabe usted que me gustan las situaciones claras. Andrés Souvestre, su querido y apacible suegro, nos sobra... Mejor dicho, nos estorba.

MARQ. ¿Que nos estorba?...

JAC. A mí más que á usted, pero alguna vez hemos de trabajar para Jacobo... Usted disfruta esos millones, pero mientras viva el viejo le es imposible, ya lo sé, partirlos conmigo. ¿Me explico claro?

MARQ. Y en caso de... ¿había de ser yo el que se encargara?...

JAC. Encargara, no. El que se encargue, presente.

MARQ. ¡Miserable! ¡Vienes á proponerme á mí...!

JAC. ¡Toma! ¿Pues á quién?... ¿Le voy á decir al viejo que se mate porque nos estorba?

MARQ. No cuente conmigo para esa infamia. Y en cuanto á intentarla usted...

JAC. Marqués... estoy en el caso de mandar y lo hago. ¡Obedezca!

MARQ. ¡No! (Levantando arrogante la cabeza.)

JAC. ¡Lo esperaba! (Con mucha calma.) Midamos fría mente nuestras armas. Las suyas, Mar qués...

MARQ. ¡Poderosas! ¡Incontrastables!... Dirija la vista á esos salones. Los más altos personajes

inclinan su cabeza ante mí, porque saben que soy el amo... Mañana, si yo quiero, seré ministro, gobernaré la Francia... y juzgue usted, Jacobo...

JAC. Claro, lo comprendo. Mi denuncia se desharía como la sal en el agua, en manos de jueces vanales, de comisarios que aspiran á subir más alto...

MARQ. Ya ve usted que usted mismo...

JAC. ¡Cándido! ¡Político al fin! Yo soy más fuerte: tengo en mi mano el rayo que cae, pero no se sabe de dónde; que con su luz mata todas las luces... ¡Obra de Dios al fin!..

MARQ. ¿Dios?... ¡En sus labios! ¡No blasfeme usted!

JAC. ¿Se bate usted? ¿Por fin? ¿Y cada uno con sus armas?...

MARQ. ¡Duelo á muerte!...

JAC. ¡Pues oiga ya el doblar de las campanas!... Mañana amanece, ¿cómo no? como todos los días. París se desentumece del sueño con un largo bostezo... Las puertas van dejando salir, como de un hormiguero, enjambres de gentes que van á su trabajo, en busca de su cuotidiano sustento. Tan madrugadoras como ellas son esas hojas impresas que miles de pilluelos vocean por la población. *Le Petit Journal*, *Le Figaro*, *La Lanterne*. ¡Y cien y cien más!... ¡Vea usted cómo se alargan las caras de los lectores! ¡Cómo hacen corro las porteras!... ¡Qué animación! ¡Qué entusiasmo! ¡Qué gozo tan intenso produce su lectura!... ¡París tiene ya qué roer! ¡Cae al arroyo un suceso escandaloso! ¡Al fango de los bulevares un nombre ilustre! ¡El del Marqués de Villefort! Apresúrese, poderoso señor, á poner esta noche sus pararrayos.. Construya usted deprisa el muro que contenga esa ola negra... Vea con qué poco le aniquilo, con veinte renglones de letras pegadas unas á otras como reuniéndose para acusar al poderoso, con un pobre jornalero que componiéndoselas gana su pan, con unos desarrapados *miajitas* que vocean como demonios, alegres.. por esas calles...

MARQ. ¡Basta, genio del mal! ¡Soy suyo! (Con expresión siniestra.) ¡Já, já, já! ¡Estoy vencido!

JAC. Se pone usted en razón. Tanto mejor. (Saca un pomito del bolsillo.) El viejo morirá de apoplegía. ¡Pobre señor! Con esa vida que se da, y á la cual no está acostumbrado, ese fin es de temer. (Le da el pomito. El Marqués lo coge ávidamente.) ¡Qué lo vamos á hacer! ¡Paciencia y resignación... y que no se le olvide á usted esta medicina! ¡Es de resultados positivos!

MARQ. (Riendo. Deja el pomito sobre la mesilla.) No tardaré en aprovecharla. Habrá ataque de apoplegía. ¡Já, já, já!

JAC. Bien. A otra cosa. Al casarse, ¿los cónyuges hicieron ustedes mutuamente donación al superviviente de la fortuna que poseían?

MARQ. Así se hizo. ¿Por qué lo pregunta?

JAC. Porque si su esposa, ante el dolor de su orfandad, se creyese libre, entonces...

MARQ. ¿Qué? ¡Acabe, por Dios!

JAC. Muy natural: podría usted, es casi seguro, aprovecharse de esa donación.

MARQ. ¡Miserable! Si osas tocar la orla de su vestido, te despedazo entre mis manos...

JAC. ¡Ay, amor cómo matas los espíritus!

MARQ. No me obligue á creer...

JAC. Lo que usted quiera, no me envanezco. En mí cree toda la humanidad. Soy la bondad del mal.

MARQ. Entonces permita usted que yo, poniendo frente al suyo mi criterio, me prodigue una loa. Yo creo ser la maldad del bien. Soy de los dos el más perverso, porque tengo corazón. Hablemos claro, Jacobo. ¿Usted qué cree que merecemos nosotros?

JAC. La sociedad nos condenaría al patíbulo.

MARQ. ¿Sin privilegio para ninguno?

JAC. No le veo. Si subo delante me parecerá que le arrastro á usted; si detrás, creeré que le empujo. De todos modos...

MARQ. ¿Y en su corazón no hay una sola fibra que responda á un latido honrado?

JAC. Ya le he dicho que no lo tengo. Y si todo

esto lo dice para ver el modo de salvar á su suegro, se equivoca; ya me conoce.

MARQ. ¿Y si fuera para salvarle á usted?

JAC. ¿Salvarme? Llegado ese caso, no admito sino la ley de las represalias: ojo por ojo, diente por diente.

ESCENA V

DICHOS y UN CRIADO, por la izquierda

CRIADO (Azorado.) ¡Señor!

MARQ. ¿Qué pasa? ¿Quién te ha llamado?

CRIADO El Procurador de la República acompañado de dos agentes.

MARQ. Bien. Pídele en mi nombre que aguarde un instante. (Mutis el Criado por la izquierda.)

JAC. ¿Y bien?... (Presintiendo un peligro.)

MARQ. Mi querido maestro. No dirá usted que esta mía está mal jugada.

JAC. ¿Cómo? ¿Qué? No le entiendo.

MARQ. Que ahí fuera aguarda á usted el señor Procurador de la República.

JAC. (Se sienta; su rostro indica un ligero cambio. Pausa llena de emoción. Se levanta al fin tranquilo y rompe en una carcajada.) ¡Já, já, já! ¿Que me espera? ¿A mí? ¿Y solo? ¡A nosotros, Marqués! ¡A los dos!

MARQ. Es que...

JAC. Pero ante todo explíqueme usted el por qué de ese pujo de caballero.

MARQ. Que estoy ahíto de crímenes... Que reniego de usted, de mí, del mundo... Que me he condenado y no quiero por ella, por Ana, dejarle á usted detrás de mí... Vamos, pues. El castigo nos espera...

JAC. (Sonríe confiado. Luego hace un gesto de admiración como aplaudiendo la celada del Marqués.) Como bien jugado, Marqués, está bien jugado. De poderse hacer eso que usted pretende, lo sentiría. ¡A qué negarlo!

MARQ. (Asombrado.) ¿Pero no tiembla usted ante la justicia?

JAC. ¿Temblar? No creo en ella.

MARQ. El Procurador nos espera.

JAC. Y ese señor Procurador se marchará conforme ha venido. Esa llamada, y por usted, se atribuirá á un momento de exaltación, de locura. Eso es bueno para engañar á esa necia de Ana, á esa marquesa hecha de pronto, bastante romántica para estos golpes de efecto, no para mí.

MARQ. ¿Pero cree usted que ante pruebas incontrastables va á dudar nadie?

JAC. ¡Contra el millonario toda acusación es una calumnia!

MARQ. Si el que acusa soy yo, yo mismo...

JAC. Una genialidad, nada más que una genialidad. En cuanto á mí, mientras usted viva estoy tranquilo. Su cabeza responde de la mía, su honra escuda mi libertad.

MARQ. (Risa nerviosa.) ¡Já, já, já! Este es el punto vulnerable. Amigo mío, su confianza en mí va á durar muy poco.

JAC. (Aproximándose amenazador á él.) ¿Piensa usted que si yo no creyera que es usted capaz de seguir viviendo por Ana, por su Ana, no le ahorraría con mis propias manos el trabajo de ser su verdugo?

MARQ. ¡Vivir yo! ¿Para qué?

JAC. Para su Ana, para seguir arrastrándose ante ella. ¡Y quiere usted vengarse de mí que se la he dado! Vénguese de ella que le rechaza. Despréciese usted mismo, que no ha sido bastante hombre para reducirla y hacerla suya.

MARQ. El Procurador de la República espera.

JAC. Que pase, Marqués, que pase. ¡Pobre señor! ¿A qué hacerle esperar? Un burgués tan fino, tan complaciente... Que pase y nos contará cómo prenden á esa canalla que roba un pan ó echa una firma en un recibo de veinte francos. Que pase.

MARQ. Sí, que venga y se apodere de estos miserables que roban millones.

JAC. ¿De nosotros? ¡Já, já, já! Rendirá parias al asesino como yo. Ante estos dos ladrones se

humillará como un siervo que espera. Que pase, y verá usted que ese hombre honrado que quizá no crea en Dios, cree en nosotros que somos estafadores y criminales. Que pase.

ESCENA VI

DICHOS y el PROCURADOR DE LA REPÚBLICA, por la izquierda

PROC. ¡Señores!

JAC. Querido señor. (Se va á él con las manos extendidas.) El pobre Marqués...

PROC. Sí, en efecto. Señor Marqués...

JAC. Con él le dejo. Procure llevarle la corriente. Le ha dado la manía por cosas estupendas. Querido Marqués, aliviarse. Querido Procurador, hasta la vista. (Vase muy tranquilo por la izquierda.)

ESCENA VII

MARQUÉS DE VILLEFORT y PROCURADOR DE LA REPÚBLICA

MARQ. (Que ha escuchado anonadado.) Se marcha. ¡Deténgale! ¡Es un asesino... un miserable!

PROC. Tranquilícese, señor Marqués. No dará un solo paso en la calle. Allí mis agentes...

MARQ. Le dejarán pasar. Tiene audacia, millones...

PROC. Le dejarán salir de este palacio. Una detención en una casa como ésta, y enmedio de una solemnidad, no me la perdonaría jamás. Las buenas formas no están reñidas con lo penoso de este cargo. Pero en la calle, eso ya es otra cosa. En la calle es nuestro. (Preparándose para irse.) ¿Manda algo el señor Marqués?

MARQ. ¡Cómo! ¿Se va usted? ¿Y sin mí?

PROC. Cálmese, Marqués.

MARQ. Quédese. ¡Se lo suplico!

PROC. Espero sus órdenes.

MARQ. Pero mi denuncia, caballero...

PROC. (Muy serio.) Señor Marqués... No quiero creer en ella. De ser cierta, demasiado sabe un noble de raza dejar limpio á los suyos ese nombre. Esperaré, puesto que lo desea.

MARQ. Gracias, amigo mío. Me ha comprendido usted. Aguarde, sí. No le haré esperar demasiado. (Sale por la izquierda el Procurador. El Marqués cae desfallecido sobre una «chaise-longue» y coge el pomito que dejó sobre la mesilla del centro.) ¡Todo ha terminado!

ESCENA VIII

MARQUÉS DE VILLEFORT y UN CRIADO, por la izquierda

CRIADO ¡Señor, señor!

MARQ. ¿Qué quieres?

CRIADO Esos agentes que acompañaban al señor Procurador acaban de apoderarse al salir de la casa...

MARQ. ¿Del señor Jacobo? ¡Sí! ¡Conspiraba! ¿Se han enterado?

CRIADO Hasta ahora nosotros tan sólo: los criados.

MARQ. (Con mucha calma.) Sírveme Champagne.

CRIADO Bien. (Mutis por la derecha.)

ESCENA IX

MARQUÉS DE VILLEFORT solo

MARQ. (Elevando los ojos al cielo.) ¡Al fin! ¡Voy á ser libre! ¡Voy á conquistar esa preciada calma de ultratumba que nadie ansía! Para mí morir es nacer, nacer á la vida de mis glorias, allá, lejos, muy arriba, con mis padres y su grandeza... (Mirando al pomito.) Tú vas á ser mi redentor...

ESCENA X

DICHO y UN CRIADO por la derecha, con servicio de Champagne

CRIADO ¡Señor!

MARQ. ¡Eh! ¿Quién?

CRIADO ¡El Champagne!

MARQ. ¡Ah! ¡Sí! ¡Sírveme! (Pausa. El Criado le llena la copa.) Avisa á la señora marquesa que aquí la espero. (Mutis el criado por la izquierda. El Marqués vierte en la copa el contenido del pomito.) Aquí, sí: morir como he vivido, entre espuma... Y tú, vino del placer, alma de la orgía, no temas, que para mí eres el dulce bálsamo de mi tortura... (Mira la copa con ansia.) Entre mis labios irás pasando como el aroma de un beso de amor... Mi alma se arrobará pletórica de placer al sentir las caricias de tu alegría y moriré entre las mágicas invocaciones de la bacanal, como un sátiro ahito que se adormece en los brazos de una ondina. Quiero embriagarme en tu aroma, ahogarme en tu lúbrico seno, dejar de ser en la carcajada, diciendo: ¡Basta! ¡No quiero más orgía, ni más besos, ni más luz! ¡Dejadme dormir! (Bebe el Champagne.) ¡Cuánto bien me he hecho! ¡Qué dichoso soy!

ESCENA ÚLTIMA

El MARQUÉS DE VILLEFORT, ANA. Después BARÓN DE CHANTELLE, VILLEMESANT, PABLO RENARD, LEPINARD é invitados de ambos sexos. Al final JACOBO, PROCURADOR de la República y dos AGENTES de la Prefectura

ANA (Por el foro.) ¡Caballero! ¿Qué ocurre en mi casa? Hablan todos en secreto... Se forman corrillos que deshace mi presencia. Oigo pa-

labras sueltas de lástima, acompañando á miradas piadosas que me dirigen...

MARQ. Acércate, Ana mía..

ANA (Parada.) ¿Qué me quiere usted?

MARQ. (Dominando el dolor; con voz ahogada.) ¡Te he cumplido mi promesa!

ANA (Aterrada.) ¿Qué?

MARQ. ¡Ven! ¡Acércate ya sin temor! ¡A mi lado! (Ana obedece automáticamente.) ¡Ya eres... libre! ¡Como yo! He muerto á Jacobo apartándole de tí, de tu porvenir... ¿Yo? ¡Ya no soy! (Señala la copa.)

ANA (Arranque, á su pesar, apasionado.) ¡Claudio! ¿Qué has hecho? (Se arrodilla á su lado; la cara del Marqués debe reflejar su horrible padecer.) ¿Qué ha hecho usted?... ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Un médico! ¡A mí! (Quiere levantarse.)

MARQ. (Deteniéndola por las manos.) ¡No! ¡No te vayas!... No quiero nada. Ni nadie. Te quiero á tí... ¡A tí sola!... (Aparecen por el foro los Invitados é Invitadas, alarmados. Después Barón de Chantelle, Villemesant, Pablo Renard y Lepinard. Animación; cuadro á gusto, para el buen conjunto, del director. Marqués se agarra, como con terror, á Ana.) ¡Que no se me acerquen! (Todos se detienen, hablan entre sí, estupor.) ¡Ana!

ANA ¡Esposo mío!

MARQ. ¿Me... perdonas?

ANA (Con fuego.) ¡Sí! (Transición, severa.) ¡Le perdono á usted!

MARQ. ¡Escucha! Más cerca. Hace un año... queriendo que cedieras ante mi pasión... ¡me escupiste á la frente!... Juré entonces que un beso de tus labios borraría el ultraje.. Hoy te pido sólo perdón. ¡Esposa mía! (Levantando lentamente la mano á la frente.)

ANA Sí... Te perdono. (Le besa en la frente.)

MARQ. (Grito delirante.) ¡Mía!...

ANA ¡Sí, tuya, Claudio!... ¡Tuya!

MARQ. (Delirando, queriendo levantarse y volviendo á caer sobre el asiento.) Voy, señor Procurador, voy... ¡Imposible!... ¡Ana!... ¡Mi esposa! (Muere.)

JAC. (Entrando por la izquierda, seguido del Procurador y los dos Agentes.) ¡A ver! ¡Mi cómplice! (Con ci-

nismo brutal.) ¿No se prepara para hacer conmigo el viaje? (Expectación general. Ve al Marqués muerto y retrocede.) ¡Eh! ¿Cómo es eso?...

ANA ¡Justicia ya, la de Dios! (Llorando reclina su cabeza sobre el pecho del Marqués.)

JAC. (Mirando el cadáver con odio y retorciendo los brazos.) ¡Cobarde! (Al Procurador.) ¡Soy vuestro! (Se entrega á las manos de los Agentes.)

PROCUR. ¡Vamos! (Cuadro animado.)

TELON

Obras de Enrique Ayuso

Bordeaux.
El Juicio de Fuenterreal.
Las manzanas del vecino.
Chavea.
Tres tristes Trogloditas.
El Gran Capitán.
Aventuras de Sulpicio.
Tenorio y castañas.
La de don sin dín (parodia).
La Calores ó el niño bonito (ídem).
Mujer y corregidora (ídem).
El seis doble.
Campanero y Sacristán.
El domador de leones.
La boda de los muñecos.
La moza de rompe y rasga.
La alegría del barrio.
El reloj de cuco.
El rey de los aires.

De Enrique Ayuso y Ernesto Polo

Tontín y tontina.
Hampa dorada.

Los ejemplares de esta obra se halla
de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulent
todo ejemplar que carezca del sello d
la *Sociedad de Autores Españoles.*